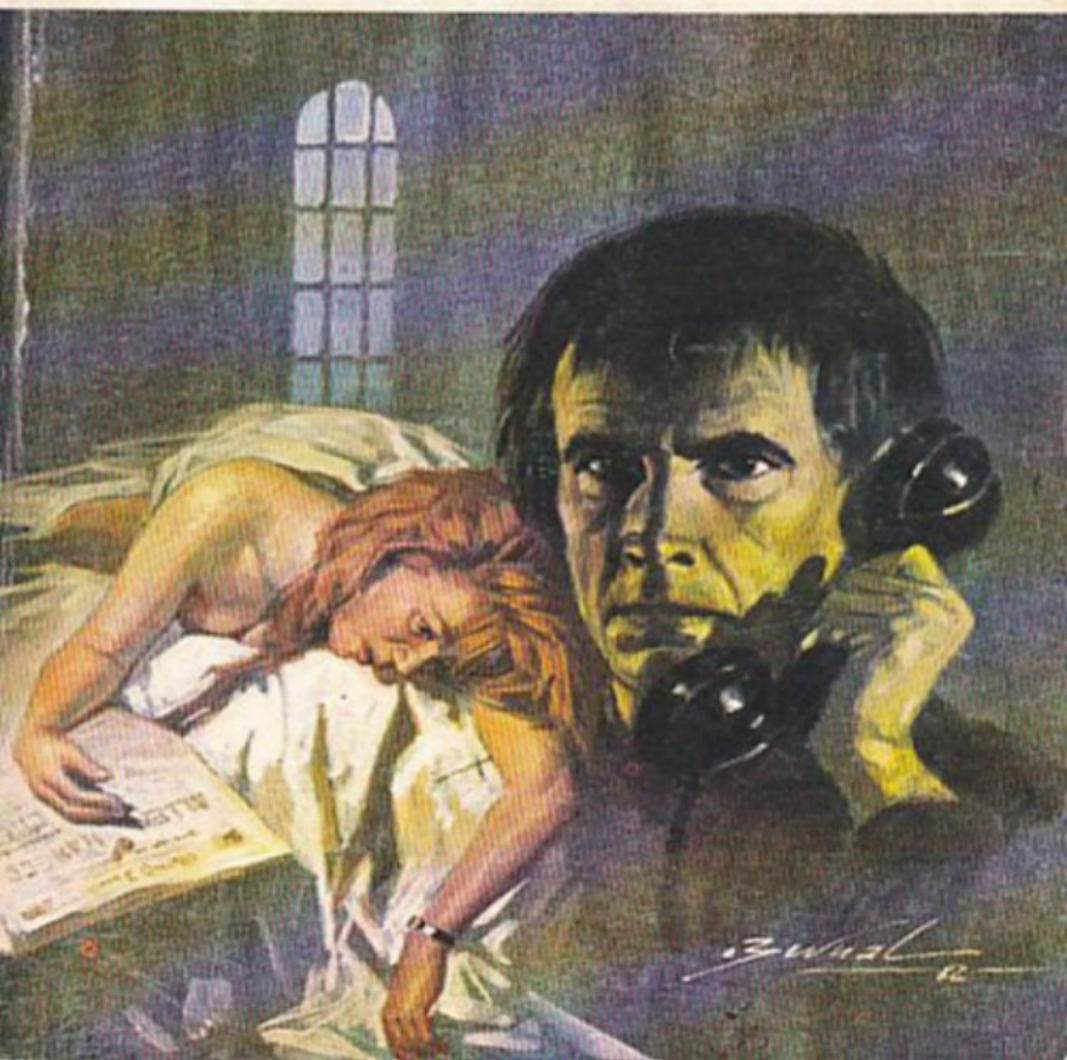


DINAMITA PURA

Kelltom McIntire



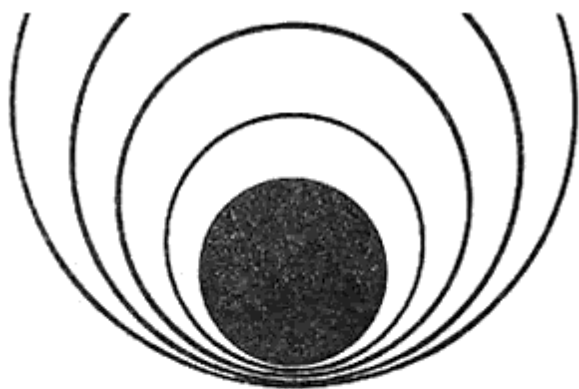
DINAMITA PURA

KELLTOM MCINTIRE

Colección
PUNTO ROJO n.º 1.099
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

1.087 — En busca de Melody Waynes.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.612 — Pregunten a Johnny Almeida.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

1.299 — La leyenda de Oro-Pint.

En Colección CALIFORNIA:

1.389 — Sierra Lobos.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B 9.369-1983

Impreso en España — Printed in Spain

1. a edición: mayo. 1983

2. a edición en América: noviembre. 1983

© Kelltom McIntire — 1983 texto

© Bernal — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-1 52, Km 21.6501

Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

MANDY se despidió al amanecer. La verdad era que mi gentil acompañante de aquella primera noche en Londres no pensaba despertarme, pero mis trabajos como reportero de guerra habían afinado mis sentidos hasta la hipersensibilidad. Cuando se marchaba, Mandy debió producir algún leve ruido que me despertó.

Di un respingo, me incorporé y encendí la luz de la pequeña lámpara de la mesilla.

Mandy estaba recogiendo su diminuta braguita —perdida entre algún pliegue de las sábanas— y las restantes prendas de su vestuario, pero se volvió hacia mí al encenderse la luz.

—¿Te desperté? ¡Cuánto lo siento! Te juro que me he esforzado en no hacer ruido —dijo, componiendo aquella expresión infantil que tanto me gustaba.

Su mohín podía ser gracioso y aniñado, pero su cuerpo poseía una rotundidad admirable.

Vino hacia mí contoneándose levemente y agitando sus menudos pero puntiagudos pechos, y me besó suavemente en la mejilla.

—Duerme, mi amor. Necesitas descansar después de...

No completó la frase, pero ambos sabíamos a qué se refería ella. La noche anterior habíamos gozado de una divertida tertulia en compañía de algunos periodistas de ambos sexos. La cita había tenido lugar en el animado Crazy Cat, el lujoso pub de Henry Arthur Tyler, un famoso columnista, ya retirado, que solía cerrar su negocio al público y reservarlo a sus mejores amigos, cuando la ocasión lo requiera. Y aquella noche la rigurosa party se celebraba en honor mío, pues al fin había vuelto a Londres tras cuatro años de ausencia, recorriendo el mundo de un conflicto a otro, de una a otra guerra.,

Fue un pequeño homenaje a mi celebridad que agradecí mucho. A mí alrededor, todo eran rostros cordiales, palabras elogiosas y admirativas y palmadas en mi baqueteada espalda. Alguien comentó que en la historia del periodismo no se había conocido a un reportero tan incisivo, temerario y deslumbrante como Ken Jordan... y Tyler aprovechó la ocasión para proponer un brindis. Habíamos empezado con whisky escocés, pero terminamos bebiendo champán.

Allí conocí a Mandy Moore, aquella preciosa morenita que desde el

principio permaneció cerca de mí, lanzándome miradas capaces de licuar un iceberg. Era muy linda: una carita aniñada, ojos expresivos y brillantes, flequillo y un cuerpo tan proporcionado como fuera de desear.

En los momentos en que mis amigos me dejaban tranquilo, Mandy se confió a mí. Dijo que trabajaba en la sección administrativa de una importante revista londinense y me aseguró que se bebía literalmente mis reportajes. En fin, me cubrió de lisonjas y me conquistó desde el primer momento. Tenía una forma muy cariñosa de mirar y enseguida sentí la tentación de protegerla de alguna manera.

En cuanto a Tyler, nuestro anfitrión, sólo pretendía que todos bebiéramos hasta caernos sentados: el bar era nuestro, podíamos elegir lo que nos gustase y beber hasta reventar.

Tyler venía una y otra vez con su bandeja y ofrecía una copa tras otra a Mandy, que ya parecía un poco achispada.

—No bebas más —susurré a su oído—, O cuando termine esto tendré que llevarte en brazos hasta tu casa.

—En ese caso, beberé hasta derrumbarme —respondió con una mueca picaresca y los ojos brillantes.

Parecía una niña, pero aquella noche, en mi habitación del hotel comprobé que no lo era en absoluto. Mandy sabía cuánto hay que saber para gozar cumplidamente del sexo. Porque, como era de esperar, cuando quise acompañarla a su domicilio en mi coche, ella se negó en redondo.

—No me marcharé sin haber tenido una experiencia con el famoso reportero de prensa —se obcecó.

Nunca me han gustado las aventuras con menores. A mis treinta años, podía enorgullecerme justamente de no haber participado en ese tipo de escándalos.

En cuanto insinué a Mandy que ella era demasiado joven para mí, sacó sus documentos del pequeño bolso y me demostró que había cumplido los veintitrés años. Yo nunca lo hubiera creído, a juzgar por su aspecto tímido e inocente.

Llegamos al hotel a las cuatro de la madrugada. El portero de noche nos dirigió una mirada inquisitiva y crítica, pero no hizo ningún comentario, por lo que tomamos el ascensor en silencio y subimos a mi habitación.

Fue una noche memorable. Mandy era infatigable: después de una hora de amarnos intensamente, ella volvía a excitarme con toda la sabiduría del mundo.

Por fin, más allá de las cinco de la madrugada se quedó dormida, completamente desnuda sobre la cama. La arropé con ternura y me dejé caer a su lado como una piedra.

Por supuesto que cuando me desperté al amanecer me sentía completamente exhausto. Sin embargo, al comprender que Mandy se marchaba sentí una cierta desazón interior.

—¿Por qué tan pronto? —pregunté—. Podríamos...

—No olvides que yo tengo que trabajar. Mi horario de trabajo empieza a las nueve de la mañana y termina a las cinco de la tarde —observó con aquella mueca infantil que animaba a besarla—. Para ti, hombre famoso, todo será distinto. Supongo que estás dispuesto a tomarte unas vacaciones...

—Tengo que hacer algunas cosas —esboqué, moviendo vagamente una mano—. Pero te llamaré en cuanto pueda.

Mandy asintió, satisfecha.

—Te he dejado una nota en la mesilla. He escrito mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono —advirtió—. Y ahora voy al baño o pillaré una pulmonía.

Con el brazado de su ropa apretado contra el pecho, dio una carrerita hacia el cuarto de baño y desapareció.

Yo volví a quedarme dormido inmediatamente, pero esta vez no desperté cuando Mandy salió del baño y abandonó mi habitación.

Desperté muy tarde, después del mediodía. Por fortuna, no sufría resaca, a pesar de que durante la velada anterior había abusado un tanto de las bebidas alcohólicas.

Me levanté y olfateé. El ambiente estaba todavía impregnado del perfume de Mandy Moore, lo que me obligó a sonreír agradecido. En verdad, Mandy era una muchacha adorable. No había exigido nada y me había entregado todo lo que tenía, lo cual no es poco si se tiene en cuenta que las emancipadas jovencitas de hoy día suelen mostrarse descaradamente exigentes.

Tomé un baño durante quince minutos y me puse bajo la ducha fría apenas unos segundos. Una vez vestido y acicalado, bajé y abandoné el hotel, pues ya había pasado la hora de exigir un desayuno.

Tomé café en Regent Street y me dirigí a las cercanas oficinas de mi agencia de prensa. Busqué el paquete de cigarrillos en el bolsillo y al sacarlo un papelito azul revoloteó en el aire y cayó al suelo.

Al recogerlo, recordé inmediatamente a Marcel Bastide y me reproché mentalmente haber olvidado el encargo del viejo amigo francés.

Más aún si se tiene en cuenta que la petición de Marcel había sido formulada horas antes de morir en Beirut, apenas un mes atrás.

Marcel me había entregado un cheque al portador por veinte mil francos franceses.

—Tú volverás a Europa dentro de unas semanas —dijo—, ¿No te importaría entregar este cheque a mi hermano? Te escribiré una nota.

Y lo hizo. La nota era aquélla, la tira de papel azul que yo tenía ahora entre los dedos. Era una anotación muy breve, una simple dirección precedida por un nombre: Jacques Bastide. 39, rué Llobard. París.

Reflexioné un momento. No me agradaba la idea de trasladarme a París, entre otras cosas porque guardaba un recuerdo próximo e íntimo de Mandy, a la que pensaba volver a ver muy pronto.

También debía realizar otras gestiones, como entrevistarme con el director de mi agencia de noticias, negociar las condiciones de unos reportajes para la National Geographics y percibir algunas considerables cantidades de dinero.

Pero todo aquello podía esperar.

Me parecía estar viendo a Marcel Bastide, mirándome entre suplicante y confiado, con los ralos cabellos despeinados y ondeando al viento, allá en la castigada Beirut.

—¿Lo harás, Ken? El pequeño necesita el dinero urgentemente. Tengo entendido que se ha metido en algún follón. Y esas cosas suelen arreglarse con dinero.

Marcel llamaba «pequeño» a su hermano Jacques, de veintitrés años, el cual le provocaba continuos quebraderos de cabeza.

Marcel no hablaba muy a menudo de sí mismo, pero algunas veces se confiaba a mí, porque éramos amigos y, a veces, habíamos formado un equipo profesional en los lugares más disparatados de este loco mundo.

Era fotógrafo de guerra, una de las profesiones más arriesgadas del mundo. Un reportero como yo podía redactar cómodamente un reportaje en la habitación de su hotel, después de informarse convenientemente. Pero el reportero gráfico debe meterse en el mismo meollo de la guerra, es decir, debe estar en primera línea, ojo avizor con la cámara siempre dispuesta a disparar, a captar las escenas más cruentas e impresionantes de la lucha entre los hombres.

Aunque famoso y profesional destacado, Marcel Bastide era un hombre modesto. Jamás alardeaba y realizaba su trabajo en silencio, calladamente. No ganaba tanto dinero como un reportero como yo, pero sí lo suficiente para vivir con desahogo.

Gastaba muy poco y su vestuario era muy reducido e incluso ajado por el prolongado uso. Al principio le taché de roñoso, pero cuando le conocí más a fondo, me arrepentí de haberle tratado así.

—Es el pequeño. Casi todo el dinero que gano se lo envío a él. Por desgraciadlo gasta tan aprisa que casi siempre está en blanco. No sirve para trabajar, aunque hice todo lo posible porque recibiera una buena formación. Nos quedamos huérfanos muy pronto, ¿sabes? y yo, que le llevo quince años a Jacques, me hice cargo de él. Pero me disgusta continuamente: no sólo demuestra indiferencia ante su porvenir, sino

que, según sospecho, anda bordeando caminos peligrosos. No sé si se rodea de malas compañías... Tengo la sospecha de que dedica la mayor parte del dinero que le envió a drogarse. De otra forma, no se explica que dilapide el dinero con tanta rapidez —me confió en cierta ocasión.

De modo que cuando me pidió que entregase aquel cheque a su hermano, accedí. Los veinte mil francos suponían el importe íntegro del premio que le había otorgado la Asociación Europea de Editores de Prensa por un soberbio reportaje de fotos de guerra. Marcel no había dudado en seguir vistiendo sus gastadas ropas a cambio de que Jacques dispusiera de aquel dinero.

Por eso, y aunque no me atraía la idea de visitar a Jacques Bastide en París, decidí hacerlo. En honor a la memoria de un profesional honesto y valiente, que había muerto en el ejercicio de su profesión.

Nunca podré olvidar aquel día. Recibí en el hotel una citación de las autoridades. Querían que me presentase a reconocer el cadáver de un profesional de la prensa europea. Ni siquiera me dijeron su nombre. No me facilitaron otra información que la dirección del depósito de cadáveres, situado precisamente en una de las zonas más conflictivas de Beirut.

Por fortuna para mí, viajé escoltado en un blindado de las Naciones Unidas, porque aquella tarde los francotiradores musulmanes disparaban sin cesar sus bazookas contra cualquier cosa en movimiento.

Salté del vehículo a un portal oscuro, donde me estaban esperando unos funcionarios. Me invitaron a pasar al depósito, pero yo me detuve y les pregunté:

—¿A quién he de reconocer? Aún no me lo han dicho —protesté.

El funcionario se excusó.

—Un simple lapsus motivado por las prisas, monsieur. La policía hizo algunas indagaciones en el hotel donde usted se aloja y el conserje declaró que el reportero fallecido y usted eran muy amigos. Por eso le hemos citado.

—En fin, ¿de quién se trata? —pregunté, nervioso.

—Marcel Bastide, treinta y ocho años, nacionalidad francesa, reportero acreditado de la agencia Reuter —me respondieron.

Me detuve en seco, profundamente impresionado.

¡Marcel, precisamente Marcel! A él le había tocado caer...

Pasillo adelante, el funcionario me explicó algunos detalles.

—Fue un acto de heroísmo, monsieur. Ocurrió en el barrio de los musulmanes. Los falangistas atacaron duro esta mañana e incluso utilizaron lanzallamas para desalojar a unos francotiradores. Por desgracia, incendiaron una casa habitada por una mujer árabe y varios chiquillos. Monsieur Bastide oyó gritar a la mujer y se precipitó dentro de la casa para salvar a los niños del fuego. Cuando salía con el último

de ellos en brazos, les alcanzó una granada de bazooka y ambos cayeron muertos. El árabe y monsieur Bastide —puntualizó el funcionario.

Asentí con amargura y seguí a los empleados del depósito.

Luego, uno de los funcionarios tiró hacia sí de uno de los cajones frigoríficos y me mostró su contenido.

No pude evitar un escalofrío al contemplar aquel amasijo de entrañas destrozadas, miembros desgajados y sangre coagulada. La explosión de la granada del bazooka había alcanzado al pobre Marcel entre el estómago y el tórax y le había abierto un descomunal boquete por el que podían verse las costillas rotas, los pulmones, el destrozado estómago y los intestinos.

Capítulo II

EN la agencia de viaje me informaron acerca del vuelo que partía de Heathrow a las quince de la tarde, con llegada a Orly unos ochenta minutos más tarde.

Si tenía suerte y encontraba puntualmente a Jacques Bastide para entregarle su cheque de veinte mil francos, podría tomar un vuelo de retorno a las diez de la noche. No tendría tiempo de cenar en compañía de Mandy, ya en Londres, pero aun podríamos tomar unas copas aquella noche.

Volví al hotel y recogí mi coche, un Datsun deportivo muy rápido y cómodo. Ni siquiera liquidé mi cuenta del hotel, ya que pensaba estar de vuelta aquella misma noche o al día siguiente, como máximo. Pero las cosas no iban a desarrollarse de la forma que yo esperaba.

A las tres y media de la tarde, estaba volando hacia París. Me había dado tiempo a almorzar en el restaurante del aeropuerto e incluso a realizar las gestiones precisas para que un automóvil de alquiler me estuviera esperando en Orly.

Sobre el Canal de la Mancha había bancos de niebla que se tornaron más espesos a medida que el avión volaba sobre suelo francés.

Cuando aterrizó en Orly, llovía con fuerza. En Londres —caso extraordinario— reinaba un excelente tiempo otoñal, soleado, con temperaturas muy agradables. Cuando descendíamos del avión para tomar el autobús que nos llevaría a la terminal, ráfagas de lluvia helada me provocaron un escalofrío friolero: me había venido de Londres a cuerpo gentil, sin tomar la precaución de traerme una gabardina siquiera. Tendría, pues, que comprar alguna prenda de protección contra la lluvia en la capital de Francia.

Por fortuna, las gestiones aduaneras fueron breves. Como habíamos traído el viento de cola, al viaje había durado exactamente una hora, de modo que a las cinco y cuarto conducía mi Peugeot de alquiler en dirección a París, bajo la copiosa lluvia.

Aunque había visitado París numerosas veces, no conocía la Ville Lumière profundamente. Sin embargo, en el aeropuerto había comprado un callejero que me ayudó a localizar la rué Llobard, situada al norte, muy cerca del distrito llamado Plain Morceau.

Crucé un dédalo de estrechas callejuelas a espaldas de una hilera de

viejas fábricas abandonadas y al fin encontré la rué Llobard.

El ambiente era triste, gris, depresivo. Arroyuelos de aguas sucias corrían junto a las descuidadas aceras y eran deglutidas por los imbornales con un gorgoteo desagradable. No circulaba por allí más vehículo que el mío, a excepción del carrito cargado de cartones mojados que empujaba un hombrecillo desharrapado, que se protegía de la lluvia con un original y elemental impermeable: un gran saco de plástico al que se le habían practicado aberturas para la cabeza y los brazos.

La sensación de pobreza y soledad era evidente.

—¿Cómo es posible que Jacques Bastide viva en un barrio tan mísero como éste? —me pregunté, asombrado—. Con el dinero que ha venido enviándole Marcel, podría permitirse el lujo de residir en un hotel de segunda categoría.

El número 39 de la rué Llobard era un amazotado caserón de ladrillos grises que habían perdido el color rojo original con la contaminación atmosférica.

Bajé del coche y me dirigí al portal en una corta y rápida carrera. No circulaba un alma por la calle. Encendí un cigarrillo y eché una ojeada al oscuro portal.

No había conserje ni portero. Una bombilla amarillenta y polvorienta, colocada a excesiva altura, expandía una luz miserable e insuficiente. Tres viejas puertas con centenares de manos de barniz, algunos buzones de correos colgados de la pared de la derecha y el arranque de una escalera al fondo del largo pasillo, eso fue todo lo que vi.

No había ascensor, según pude constatar, a pesar de que se trataba de un edificio de seis plantas. El nombre del hermano de Marcel estaba en uno de los buzones: Jacques Bastide, ático-A.

Arrojé el cigarrillo a la calle y me decidí a subir. La escalera era ancha y polvorienta, tan deficientemente iluminada como el propio portal. Me apoyé en el pasamanos de hierro, pero lo solté con repugnancia al comprobar su tacto grasiento y húmedo.

Ya había superado el tercer piso, cuando escuché el rumor de los pasos de algunas personas que descendían. Como les suponía inquilinos de aquella casa, me dispuse a hacerles unas preguntas. Pero los tres individuos, altos, robustos, que vestían gabardinas y se cubrían hasta las orejas con las solapas de sus prendas de lluvia, cruzaron el descansillo con tanta prisa que no me dieron tiempo a formularles una sola pregunta.

Permanecí allí durante unos momentos, inmóvil en el descansillo, observándoles mientras descendían apresuradamente, pero ninguno de ellos se volvió una sola vez.

Ensimismado en mis pensamientos, proseguí la ascensión a lo largo de la vieja escalera de carcomidos peldaños de madera.

Al fin, jadeando levemente, me detuve en el ático. Arriba había una claraboya de cristales rotos, a través de la cual penetraban ráfagas de viento y lluvia.

Había tres puertas, cada una de ellas marcada con una letra. El ático-A se encontraba al final del pasillo, en la zona más sombría y húmeda.

Recuperé el aliento y encendí un cigarrillo rubio para ahuyentar el olor a moho rancio que impregnaba el lugar. Luego caminé despacio pasillo adelante.

Huellas de pies mojados me precedían hacia la puerta del ático en que vivía Jacques Bastide, una hoja de madera pintada de gris, sucia y manchada de grasa de las manos a la altura de la cerradura.

Oprimí el botón que sobresalía del marco y aguardé. Mientras esperaba, me pregunté cómo sería el hermano de Marcel.

Mi amigo no me lo había descrito jamás, aunque velada— mente me había ido haciendo un retrato moral del joven a quien me disponía a visitar. Al parecer, Jacques era drogadicto. Me lo suponía, pues, como un individuo de aspecto enfermizo, mirada huidiza, de facciones ajadas y pálidas. Un desecho, con toda probabilidad.

Impaciente, volví a oprimir el timbre, que produjo en algún sitio distante un desagradable zumbido de chicharra.

Transcurrieron cinco minutos. Nadie venía a abrirme, ni pude percibir el más leve rumor al otro lado de la puerta.

Disgustado ya, me separé de allí y llamé energicamente a las otras dos puertas. Pensaba intentarlo todo para hallar a Jacques Bastide, pues no entraba en mis cálculos volver a Londres sin haber cumplido el encargo de Marcel.

En el ático-B el timbre no funcionaba. La puerta del ático-C ni siquiera lo tenía. De todas formas, aporreé alternativamente ambas puertas, aunque sin el menor resultado práctico, pues nadie atendió mis llamadas.

Al cabo, y ya un tanto furioso, volví a la puerta del ático-A. La puerta parecía cerrada con llave, pero la empujé con vigor y al fin se abrió con un chirrido muy desagradable. Al parecer, sólo estaba fuertemente encajada, como resultado de la hinchazón de las maderas en el marco, porque la casa entera rezumaba humedad.

—¿Hay alguien ahí? —exclamé en voz alta, como simple fórmula de cortesía.

Como nadie respondió, empujé la puerta y entré.

Me encontré en una destartada habitación de grandes proporciones, techo descendente y un gran ventanal a la izquierda. Algunos muebles viejos y una chimenea de carbón componían todo el

mobiliario. Los muros, desconchados y desnudos en su mayor parte, ostentaban grandes posters psicodélicos, con temas musicales.

En el rincón de la derecha se veía una cama deshecha. Sobre ella, un pijama de raso rojo brillante. Inconscientemente, toqué las sábanas y noté que aún estaban tibias, lo que significaba que la persona que había ocupado el lecho lo había abandonado sólo unos minutos antes.

Pero el destartalado estudio era todo lo que abarcaban mis ojos. ¿Había salido Jacques apresuradamente, poco antes de que yo llegara?

—Muy extraño —murmuré—, ¿Por qué dejó la puerta abierta?

Reflexioné durante unos instantes.

Por un momento estuve tentado de dejar el cheque sobre la mesa próxima al ventanal del estudio, pero no me decidí a hacerlo, temiendo que alguien pudiera entrar y robarlo, pues el talón era al portador y cualquiera podría hacerlo efectivo en la más próxima entidad bancaria.

—En fin, esperaré —decidí—. Es posible que Bastide haya bajado a por tabaco o provisiones. Si es así, no tardará en volver.

Me entretuve curioseando los títulos de los libros que ocupaban varias estanterías colgadas de la pared.

Los títulos me atrajeron desde el primer momento. Había una Introducción al estudio de la homosexualidad, de Logan, Experiencias homosexuales, Confesiones de un homosexual, Paraísos artificiales. Drogas y drogadictos y varias obras del marqués de Sade.

¿Esa era toda la literatura que atraía a un joven cómo Jacques? Me encogí de hombros, indiferente.

—Allá cada cual con sus preferencias —me dije. Y encendí otro cigarrillo.

Advertí que la estufa estaba encendida, lo que demostraba que el inquilino del ático-A había salido de allí poco antes.

Pero un nuevo descubrimiento me llenó de desconcierto: había un cartón de Gauloises en un armario, donde también vi una botella de Pernod y dos de vino. En el viejo frigorífico instalado en un rincón, se amontonaban las latas de conserva. Había una buena provisión, además, de cerveza, carne y pescado.

¿Por qué, entonces, se había marchado Jacques dejando la puerta abierta y la estufa encendida?

Comencé a preocuparme. Lo más sensato era abandonar aquel lugar

—¡Estúpido de mí! —me apostrofé mentalmente—. Hubiera bastado con enviarle el cheque por correo certificado. De esa forma, me habría ahorrado tiempo, dinero e incomodidades.

Sin embargo, yo intuía que Marcel no se hubiera conformado con eso. Mi amigo deseaba algo más cuando me pidió por favor que entregara aquel cheque a su hermano. Probablemente, imaginaba que yo podría ejercer alguna influencia beneficiosa sobre el voluble Jacques.

Consulté el reloj. Eran las seis y media de la tarde y la luz diurna decrecía rápidamente, de forma que el estudio permanecía en penumbra a pesar del gran ventanal de la izquierda. En el rincón izquierdo, fulgía el relumbre rojizo de la estufa de carbón.

Hasta aquel momento, yo imaginaba que la vivienda de Jacques Bastide se limitaba a aquel amplio estudio un tanto caótico y destartado. Pero cuando las tinieblas se espesaron, advertí una rendija de luz en el suelo, precisamente bajo el muro que ocupaban los grandes carteles psicodélicos.

Me acerqué a la puerta de entrada, encendí el mechero y descubrí el interruptor de la luz y lo bajé. El estudio quedó bañado por los destellos intermitentes de una gran lámpara estroboscópica instalada en la parte más alta del techo.

Crucé la habitación y me aproximé a la pared de los murales. Pronto descubrí la verdad: Había allí una puerta, aunque perfectamente camuflada tras los coloridos posters. Sencillamente: Jacques había empapelado el muro con aquellos carteles, de forma que la puerta quedase disimulada.

«Debí imaginar que el ático debía disponer de servicios higiénicos», pensé.

Empujé la puerta con precaución. Por un momento, imaginé a Jacques Bastide en el baño y bajo los efectos de una dosis de heroína, pues había encontrado en el frigorífico —cuidadosamente oculto en un estuchito de mantequilla—, un pequeño equipo de inyecciones e incluso una ampolla de la droga.

Y allí estaba, en efecto, Jacques.

Un escalofrío de terror me sacudió violentamente al contemplar su cuerpo flotando sobre el agua rojiza de la bañera.

Sus húmedos cabellos rubios goteaban sobre el piso embaldosado en plaquetas brillantes de color azul —el único detalle lujoso del modesto apartamento.

La luz estaba encendida y el cuarto de aseo se veía impregnado del vaho blanquecino que ascendía del baño. El grifo del agua caliente estaba abierto y la bañera, completamente llena de aquel agua enrojecida, desaguaba por el agujero superior.

Al fin, conseguí dominar mi miedoso estupor y di unos pasos adelante.

Miré a Jacques. Era un muchacho muy guapo, de facciones carnosas y atractivas, larga cabellera rubia y cuello largo y delicado.

Sin embargo, sus ojos abiertos y sanguinolentos daban a su rostro crispado una expresión de supremo horror.

—Está muerto —deduje—. Quizá, desesperado, se abrió las venas.

Era un procedimiento usual en los suicidas que temen el dolor

cuando se deciden a afrontar la muerte por decisión propia. Se prepara un baño tibio, se sajan las venas de ambas muñecas con una cuchilla de afeitar y se sumergen las manos en el agua caliente, con lo cual el cuerpo se va desangrando lentamente sin que el suicida experimente dolor alguno.

Sin embargo, yo no estaba absolutamente seguro de que Jacques Bastide se hubiera desangrado por completo —a pesar de lo aparatoso de aquel baño rojizo—, por lo cual, y aunque experimentando una cierta repugnancia, introduje ambas manos en el agua y traté de agarrarle por las axilas para auxiliarle desesperadamente.

Y entonces comprobé que le habían hecho el tristemente famoso «chaleco americano». Es decir: le habían cercenado ambos brazos a la altura de los hombros.

Produje un murmullo gutural involuntario y dejé caer el cuerpo al agua. El líquido rojizo saltó por doquier y manchó los bajos de mis pantalones y mis zapatos.

Ahogué un grito de espanto y salí apresuradamente del cuarto de baño.

Capítulo III

A las once y media de la noche, mi avión aterrizaba en el aeropuerto de Heathrow.

Sufría un estado de nervios tal, que aún no podía creer que los funcionarios del aeropuerto de Orly no hubieran sospechado de mí.

En cuanto pasé los trámites aduaneros, que sólo duraron unos minutos, crucé el vestíbulo y salí al exterior, ansioso por respirar el aire fresco de la noche.

Pero mi agitación interior no habría de calmarse fácilmente. Como un fugitivo penetré en la zona de aparcamiento y me introduje en mi Datsun como alma que lleva el diablo.

Tan atolondrado me sentía, que ni siquiera recordé que era preciso abonar el aparcamiento y obtener la ficha que me permitiría escapar. Por fortuna, en fa salida había un vigilante nocturno que me permitió salir cuando recibió un billete de diez libras de mis temblorosas manos.

Corrí demasiado a lo largo de la autopista que lleva a la City. También lloviznaba en Londres y las condiciones de visibilidad eran adversa de modo que aún no sé cómo no me estrellé antes de llegar a Londres, pues jamás descendí de los ciento cincuenta kilómetros por hora antes de que las luces ámbar de la autopista fueran relevadas por el alumbrado normal urbano.

¿Por qué me exponía a morir en un absurdo accidente de autopista? Sencillamente, me sentía horrorizado y necesitaba seguridad. En aquellos momentos, la única seguridad para mi eran mis amigos de Londres, el ambiente familiar y acogedor de la City.

En aquellos momentos, nada deseaba más que llegar a Crazy Cat, rodearme de amigos y beber hasta embriutecerme.

La visión de aquel cuerpo sin brazos de Jacques Bastide me perseguía como una diabólica obsesión. ¡Yo había tocado su cuerpo, había palpado sin proponérmelo los horribles muñones sanguinolentos...!

Chaleco americano, ése era el medio que habían utilizado los asesinos de Jacques. Los grupos paramilitares de varios regímenes dictatoriales sudamericanos solían recurrir a aquel tipo de barbarie para imponer el terror entre los revolucionarios de izquierda e incluso entre los simples campesinos descontentos. Yo había visto varios cadáveres carentes de brazos, allá en la caliente Centroamérica. Pero no era lo

mismo que ver a un atractivo muchacho de veintitrés años, como Jacques Bastide, flotando en un baño de sangre, desmembrado, con un rictus de infinito horror en sus jóvenes facciones. ¡Dios, no, no era lo mismo la guerra que la paz!

Cuando me di cuenta, estaba corriendo a velocidad excesiva a lo largo del Támesis. Aflojé la marcha y, detenido el coche cerca de una estación de servicio, reflexioné.

Finalmente, decidí que no me encontraba en el estado de ánimo más idóneo para gozar de una sosegada tertulia nocturna en el Crazy Cat. El espejo interior me devolvía una imagen de mí absolutamente desastrosa: Despeinado, pálido, ojeroso y demacrado. Unos tragos de whisky no borrarían fácilmente aquel desastre. Mis amigos comprenderían que algo horrible me había ocurrido y no pararían de hacer preguntas, aunque con las mejores intenciones del mundo.

¿Mandy?

Ansiaba compañía y tanto mejor si era femenina, pero, dado mi estado de ánimo, mejor era no complicar a la deliciosa Mandy. Ella adivinaría enseguida mi agitación interior y no pararía de hacer preguntas hasta llegar al motivo de mi intranquilidad. Y yo no deseaba hablar de ello por nada del mundo.

Puse el coche en movimiento y deambulé a escasa velocidad por las proximidades del río hasta que recalé en Barbican.

En el dédalo de viejas y estrechas callejuelas, existían algunos locales que permanecían abiertos hasta altas horas de la madrugada.

Me detuve ante el French Café. ¿Casualidad? No. Se trataba de un antiguo café con un gran salón lleno de mesas en donde cualquiera podía pasar fácilmente desapercibido. El local era frecuentado por intelectuales y artistas, gente pacífica que formaban tertulias que solían alargarse hasta altas horas de la madrugada. Los precios eran elevados, pero el sosiego y la tranquilidad de los clientes estaban asegurados por un par de robustos gorilas contratados por el dueño.

El ambiente era agradable y relajante. Lleno al cincuenta por ciento el gran salón, elegí una mesa retirada, aunque próxima a un radiador de calefacción. Vino un camarero de cabellos canosos, pulcramente uniformado y, para disimular mi nerviosismo, saqué un bloc de notas y un bolígrafo. Después pedí café, una botella de brandy y cigarrillos.

Poco a poco, fui tranquilizándome. El rumor quedo de las conversaciones, el brillo discreto de las lámparas de neón, el efecto reconfortante del aromático café y, sobre todo, la acción vigorosa del brandy, fueron tranquilizando gradualmente mis excitados nervios.

Mientras jugueteaba inconscientemente con el bolígrafo y fumaba un cigarrillo tras otro, me pregunté por el motivo de mi ansiedad.

Yo no era culpable, yo no había matado a Jacques Bastide. ¿Por qué,

entonces, había huido como un conejo asustado?

«Mejor sería decir como un gato a través de los resbaladizos tejados», pensé, con una pizca de humor.

Porque así había ocurrido, verdaderamente.

Horrorizado por la visión del cadáver desmembrado de Jacques, mi instinto animal me había impulsado a huir.

Pero cuando abrí la puerta del ático-A y me precipité a la escalera, escuché el estrepito de las voces y los pasos precipitados de varias personas que subían.

Por fortuna, no cometí la estupidez de asomarme por encima de la baranda. Me detuve a tiempo y aguardé un instante.

—...Siempre pensé que algún día tendríamos un disgusto. Ese joven se rodeaba de gente muy extraña y, mire, yo soy una mujer de costumbres muy estrictas. No sé por qué accedí a alquilarle el ático-A. Quizá sentí compasión por su aspecto desvalido... ¿Y dicen ustedes que alguien llamó a la prefectura, avisando de que en mi casa se había cometido un crimen? ¡Jesús, Jesús!, ¿hasta dónde hemos de llegar?

Era una voz agria de mujer. Una señora entre los cincuenta y los sesenta años, calculé. La dueña de la casa, la patrona de Jacques. Y los demás... Los que la acompañaban: policías.

No sé cómo logré reaccionar, pero retrocedí, volvió al ático-A y cerré la puerta. Había un endeble cerrojillo que no resistiría mucho, pero lo eché.

Luego, mientras seguían luciendo los cegadores rayos de la lámpara estroboscópica del techo, dirigí una desolada y urgente mirada al estudio de Jacques.

A través del ventanal, había contemplado poco antes los grises tejados de las casuchas que rodeaban el edificio en el que me encontraba.

Impetuosamente, tomé en mis manos una sólida banqueta y la estampé con todas mis fuerzas contra el ventanal.

Llovía torrencialmente. Desde donde me encontraba, divisaba el tejado de resbaladizas losas de pizarra y el hueco oscuro y ominoso de un patio de luces, tan hondo que semejaba un pozo.

El panorama era sombrío. Un simple resbalón e iría a estrellarme en el fondo del patio.

Pasé una pierna por encima del alféizar y salí. El agua de lluvia empapó inmediatamente mis cabellos y mis ropas.

Me incliné y caminé a cuatro patas sobre el chorreante tejado, procurando alejarme cuanto antes de aquella ventana rota. Pero un momento después había recorrido unos veinte metros sin hallar un lugar adecuado para descolgarme: los edificios aledaños eran mucho más bajos que aquel en cuyo tejado me hallaba.

Calado hasta los huesos y sin posibilidad de huir, me sentí desesperado. La policía aparecería de un momento a otro por el ventanal; me conminarían a volver encañonándome con sus armas, iban a detenerme como a un pajarito.

Fue en aquel momento cuando divisé —al borde del alero— el canalón. Tenía un bajante de hierro de unos diez centímetros de diámetro y parecía lo suficientemente sólido como para descolgarme afianzado a él. Lo trágico es que estaba mohoso y cubierto de verdín, por lo que resultaba muy aventurado elegir aquella vía de escape.

Pero no había elección, de modo que descendí con precaución, dejé que mis piernas colgasen en el aire y me agarré al canalón.

Luego comencé a descender con la terrible impresión de que mis dedos resbalarían sobre el metal chorreante y acabaría despeñándome inevitablemente.

A pesar de mis sombríos augurios, conseguí descolgarme unos metros. Jadeante, apoyé el pie izquierdo en un ventanuco y me detuve para recuperar la respiración.

De las alturas llegaron en aquel instante fuertes golpes acompañados de gritos conminatorios. Los policías estaban tratando de echar abajo la puerta del ático-A. Probablemente, descubrirían enseguida el cadáver de Jacques flotando sobre el agua sanguinolenta y no tardarían en sentirse atraídos por la destrozada ventana. De modo que...

Proseguí el descenso, apresuradamente ahora.

¡Y de repente el tubo de hierro al que me agarraba produjo un seco crujido y comenzó a desprenderse de su anclaje al muro verdoso...!

Instintivamente, dirigí un aterrorizado vistazo abajo y me estremecí de pánico. ¡Había una caída de más de veinte metros hasta el suelo!

Sólo quedaba una solución desesperada: ¡seguir deslizándome hacia abajo y poner pie en tierra antes de que el bajante se desgajase por completo!

Pero en cuanto descendí un par de metros más, me encontré ante un ventanuco de cristales sucios y empañados.

No dudé ni un momento: arrodillado sobre el estrecho poyo, golpeé con el codo el cristal, introduje una temblorosa mano a través del hueco, descorrí con dificultad una oxidada falleba y me lancé materialmente de cabeza a través del ventanuco.

Se produjo un estrépito considerable: acababa de arrojar al suelo unas cuantas piezas de vajilla que estaban sobre una vieja mesa. Un pie se me había quedado encajado en el marco de la ventana y ¡maldita sea! yo colgaba como un conejo muerto, boca abajo, y tratando de afianzarme y recobrar mi posición vertical. Finalmente, las podridas maderas se rompieron y yo caí pesadamente al suelo.

Aunque el batacazo había sido considerable, me puse en pie de un

salto y miré a mí alrededor como un animalillo acorralado. Me encontraba en una humilde pieza que parecía una cocina.

Cerca de allí, alguien exhaló un gritito sobresaltado. Empujé la única puerta y atravesé veloz el dormitorio en el que una anciana yacía en su lecho, arropada hasta las orejas.

Me detuve y la miré.

Era viejísima. Sus facciones amarillentas y arrugadas eran tan demacradas y secas que los huesos de su rostro se transparentaban a través de la piel. No sé si los escasos y canos cabellos se le habían puesto de punta como consecuencia del pánico o se trataba de un problema de negligencia personal. En cualquier caso, los azules ojillos me contemplaban fijamente, estupefactos y medrosos.

—Perdone —me oí farfullar con torpeza—. No encontraba otra forma de llegar hasta aquí... Quiero decir: me he visto obligado a tomar este camino para...

La anciana profirió un chillido tan agudo que me aparté de un brinco.

—¡Calma, calma! —exclamé—. No tiene nada que temer de mí. No pienso hacerle ningún daño. Siento haberla asustado. Pero le juro que me iré ahora mismo y...

Súbitamente, la vieja saltó del lecho con una agilidad insospechable y fue a acurrucarse junto a un destartado armario.

—¡No se acerque, no me toque, no...! —escandalizó temblorosa.

Sus brazos, desnudos y esqueléticos, se cruzaban sobre el flácido pecho en un grotesco intento de ocultar pudorosamente su parcial desnudez.

—Sólo quiero saber cómo puedo salir de aquí —susurré, buscando apresuradamente una vía de escape. Porque la verdad era que, aunque mis ojos buscaban con ansiedad una salida, no alcanzaba a ver la puerta que me permitiría escapar.

La anciana señaló patéticamente un perchero atestado de viejas ropas colgantes. Di dos pasos, aparté aquellas ropas y encontré la puerta detrás de aquella pesadilla de ropavejero. Inmediatamente, salí. Detrás de mí seguían resonando los histéricos gritos de aquella pobre mujer.

Crucé otra pequeña habitación, abrí una puerta y me precipité a una escalera oscura. No me atreví a buscar el interruptor de la luz: lo que menos me interesaba en aquellos momentos era que algún vecino pudiera verme. Me limité a encender el mechero y a deslizarme sigilosamente escalera abajo.

Antes de salir a la calle, me detuve en la puerta y eché una ojeada cautelosa. Veinte metros más allá se hallaba un coche de la policía con su luz color ámbar destellante. Un hombre vestido de paisano permanecía tras el volante. Aquel individuo parecía aburrido e

indiferente y fumaba un cigarrillo con un gesto de desgana.

Más allá se encontraba mi Peugeot de alquiler. Por un momento, estuve tentado de dejar abandonado el coche, pues lo único que deseaba en aquel instante era escapar de allí. Pero la sensatez se impuso: si abandonaba el coche, la policía repararía en aquel vehículo y terminarían averiguando mi identidad.

Saqué un peine del bolsillo, me acicalé apresuradamente los cabellos y me dispuse a afrontar la prueba.

Un momento después pasaba junto al coche policial simulando una indiferencia que no sentía en absoluto. Por fortuna, el conductor debía ignorar por completo lo que sus colegas estarían descubriendo en aquel momento, porque el hombre se limitó a echarme una mirada distraída y a continuar fumando su Gauloise.

Ocurrió en aquel momento algo que me produjo perplejidad: cuando me disponía a introducirme a toda prisa en mi Peugeot, un Opel deportivo frenó súbitamente a pocos metros de distancia. Del atractivo automóvil color azul metalizado descendió una mujer despampanante, de airosa cabellera rojiza y gabardina blanca y ceñida que destacaba atractivamente su cuerpo de estilizadas líneas. La mujer abrió un pequeño paraguas plegable para protegerse de la lluvia que seguía cayendo aún, y taconeó velozmente sobre la acera.

Vi cómo se detenía bruscamente al descubrir el coche de la policía, daba una súbita media vuelta y volvía al Opel. Arrancó enseguida, dio marcha atrás y desapareció rápidamente en una de las callejuelas.

Capítulo IV

NO llegué a ver a Mandy, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas. No la telefonee ni fui a verla porque al día siguiente todavía me sentía desconcertado y angustiado.

Mi estado de ánimo no obedecía únicamente a la atroz impresión recibida al descubrir el cuerpo de Jacques Bastide bestialmente amputado. A lo largo de mis correrías profesionales de un confín del mundo a otro, yo había tenido la indeseable oportunidad de contemplar cosas espeluznantes. No, no era la primera vez que mis ojos veían cuerpos humanos despedazados. Mi inseguridad de ahora se debía, sencillamente, a que estaba dominado por el pánico. Temía por mí, eso era todo.

A la mañana siguiente, me levanté muy tarde. Lo primero que hice en cuanto estuve vestido fue bajar a la calle y comprar todos los periódicos parisienses que hallé en los quioscos de prensa.

Temía y a la vez ardía en deseos de calmar mi curiosidad. De todas formas, en cuanto volví a mi habitación del hotel, miré con avidez la prensa. La noticia del asesinato de Jacques Bastide era recogida por todos los diarios de la capital francesa. El conservador *Le Fígaro* informaba de que agentes de la policía judicial se habían presentado en el número 39 de la rué Llombar, alertados por una llamada anónima que denunciaba un asesinato en el ático-A de aquella dirección. Se describía minuciosamente el hallazgo del cadáver de Bastide y se relataba que el asesino había huido prácticamente ante las narices de los policías, escapando del piso de la víctima a través de los tejados.

Había un retrato robot del asesino confeccionado a partir de la descripción de una anciana llamada madame Trinchard (la vieja cuya casa había utilizado yo para huir, evidentemente). El parecido entre la foto robot y yo no era excesivo, por fortuna. Me imagino que la policía judicial francesa encontraría a miles de individuos cuyo aspecto coincidía vagamente con aquel retrato.

Se me describía como individuo de un metro ochenta —yo medía un metro setenta y ocho centímetros—, corpulento, de facciones no muy agraciadas (fruncí el ceño al leer esto, pues me considero un hombre muy bien parecido), ojos castaños y cabellos rubios.

Madame Trinchard se refería a mí como al «americano» que le había

dado un susto de muerte irrumpiendo bruscamente en su dormitorio. Evidentemente, la pobre mujer había captado que yo hablaba francés con cierto acento, aunque por fortuna no había acertado mi nacionalidad, pues soy inglés.

Le Fígaro titulaba la noticia como «Ajuste de cuentas entre homosexuales» y yo no pensaba sacarles de dudas. De momento, según se aseguraba, la policía había hecho una redada entre los homosexuales de París, los cuales habían sido puestos en libertad a primeras horas de la mañana por falta de pruebas.

Aparentemente, las noticias eran tranquilizadoras para mí. Existía, ciertamente, un retrato robot pero el parecido conmigo era tan remoto que no debía preocuparme demasiado. No se citaba mi nombre, no había cargos contra mí, no existía peligro.

«Me he comportado como un estúpido —me apostrofé a mí mismo—. No había motivos para sentirme acorralado.»

Era mejor olvidarlo todo y continuar mi existencia normal. Cobraría el dinero que me adeudaban mis editores londinenses, firmaría el contrato con National Geographics y me marcharía a Centroamérica para continuar con mis reportajes de guerra. Una vez reintroducido en el tenso ambiente bélico, me olvidaría de aquel asunto para siempre.

Estos eran mis planes, ciertamente, pero había algo que los anulaba. Y era un trocito de papel: el cheque por veinte mil francos que aún tenía en mi bolsillo y que Marcel Bastide me había confiado para entregar a su hermano.

Aquel dinero no era mío. Debía, por tanto, entregarlo a quien correspondiera. Pero ¿a quién? Muerto Jacques, el asunto parecía insoluble. Que yo recordase, Marcel jamás me había hablado de otros familiares a los que poder entregar aquel dinero.

«He hecho cuanto podía —traté de justificarme a mí mismo—. Lamentablemente, el dinero de Marcel no podrá ser aprovechado por su hermano.»

Incluso podía quedarme con aquel dinero. Marcel estaba muerto, su hermano también. No podía entregarlo a nadie. ¿Por qué no quedarme con los veinte mil francos?

Desde luego, nadie iba a hacerme reproches.

«No seas idiota, hombre —me dije—. Sabes que no podrías dormir tranquilo si hicieras tal cosa.»

Bien, no me quedaría con el dinero, pero ¿qué hacer con él?

Poco a poco, fui esbozando un plan para dar a los veinte mil francos un empleo digno, que no repugnase a mi conciencia: pasados unos meses, cuando el asesinato de Jacques hubiera sido olvidado, invertiría discretamente aquella cantidad en costear un mausoleo para Jacques.

Pero todos aquellos razonamientos no bastaban para hacerme sentir

satisfecho. Por el contrario: la inquietud seguía latiendo dentro de mí.

Pasé una semana fatal, siguiendo febrilmente las noticias que llegaban desde Francia en relación con el atroz suceso de la rué Llombard.

Las informaciones relacionadas con el asesinato de Jacques Bastide que habían rellenado las primeras páginas de los principales diarios parisienses, fueron siendo relegadas día a día a las páginas interiores, decreciendo paulatinamente en cuanto a espectacularidad y extensión.

Ciertamente, la policía judicial había trabajado de firme en el esclarecimiento del horrible crimen. Se habían llevado a cabo redadas de centenares de personas en los ambientes y locales frecuentados por homosexuales y se había detenido e interrogado a docenas de ellos. Sin embargo, habían sido puestos en libertad en días sucesivos, pues la policía no poseía pruebas para acusar a nadie en particular.

Todo parecía indicar que el crimen quedaría sin resolver. El caso apenas merecía ya una reseña de ocho líneas en las páginas de sucesos de los diarios, referidas a las investigaciones policiales, pero sin el menor atisbo de que el crimen fuese a resolverse.

Para entonces, yo había logrado tranquilizarme un tanto. Finalmente, llegué a la conclusión siguiente:

«Jacques Bastide no se sentirá más satisfecho en el otro mundo por el hecho de que sus pobres restos descansen en un sarcófago lujoso. Quizá sería mejor gastar esos veinte mil francos en descubrir a sus asesinos...»

Era una idea audaz y... peligrosa. Pero el plan se fue afianzando más y más en mi íntima decisión.

Volver a París comportaba algunos riesgos, ciertamente. Estaba aquella infeliz madame Trinchard, que me había visto irrumpir en su humilde vivienda. Por supuesto que la anciana podría reconocerme sin dificultad si la policía me presentaba ante ella.

Pero madame Trinchard era una anciana enferma, achacosa, que se veía obligada a guardar cama permanentemente. No era muy probable que ella y yo volviéramos a vernos frente a frente. Por lo demás, el retrato robot confeccionado por la policía era tan vago que no me preocupaba en absoluto.

Durante aquellos días, yo había reflexionado obsesivamente sobre cada uno de mis movimientos desde el instante en que me introduje en el 39 de la rué Llombard. Y ahora estaba casi seguro de que los tres individuos que se habían cruzado conmigo en la escalera eran los responsables del asesinato de Jacques Bastide.

¿Cómo eran aquellos tipos?

Sólo había tenido la oportunidad de contemplarlos durante unos segundos, en una escalera mal iluminada. Además, los tres llevaban alzados los cuellos de sus gabardinas y sus facciones quedaban

parcialmente veladas por sus grandes sombreros de fieltro.

Tuve que confesarme a mí mismo que me resultaría imposible reconocerlos, en el caso poco probable de que volviéramos a estar frente a frente.

En cualquier caso, aquellos individuos homosexuales, salvando el hecho de que un homosexual no tiene por qué ofrecer un aspecto exterior determinado. Pero aquellos tres individuos eran altos y fornidos, membrudos como los boxeadores o los luchadores de catch.

«“Gorilas” —establecí—. Sicarios a sueldo.»

Volví a esforzarme en recordar los breves instantes de aquel encuentro en la húmeda escalera. Los desconocidos ni siquiera me habían mirado al cruzarse conmigo. Yo les cedí el paso en el descansillo y ellos pasaron rápidamente ante mí sin murmurar una palabra. De pronto recordé aquella sensación: mi nariz había quedado impresionada por un fuerte olor a menta. ¿Quizá uno de ellos era aficionado a los caramelos de menta?

No era un dato muy fiable, pero allí estaba. Quizá me sirviera de algo en adelante.

Otro dato que permanecía fielmente grabado en mi memoria era la imagen de una mujer joven y muy atractiva, de cabellos rojos. Una silueta airosa, esbelta, elegante, enfundada en una gabardina blanca, entallada en la cintura.

La actitud de aquella mujer había sido chocante. Su Opel Kadett de brillante pintura azul metalizada se había detenido detrás de mi Peugeot con un chirrido de frenos, con los cabellos rojos ondeando al viento, ella había descendido del coche y había caminado veloz acera adelante —precisamente en dirección hacia el número 39 de la rue Llobard— con toda decisión, pero había dado la vuelta con brusquedad al descubrir el coche de la policía detenido ante el portal de la casa donde acababa de cometerse un crimen horripilante.

¿Qué significaba tan sospechosa conducta? Para mí suponía un enigma a descifrar, puesto que ya estaba prácticamente decidido a invertir los veinte mil francos de Jacques en llevar a cabo una investigación por mi cuenta.

Esa mañana gestioné el cobro del cheque en una sucursal bancaria de Pall Mall. El joven que me atendió, me obligó a firmar el talón al dorso y me informó que el dinero, en libras, estaría a mi disposición una hora después.

Entretanto, fui a la agencia de viajes y reservé un billete para el expreso Londres-París que saldría poco después de mediodía de la estación Victoria. Hice también las gestiones pertinentes para el transporte de mi Datsun, del que no quería prescindir en Francia.

A las once y media de la mañana, recogí dos mil cuatrocientas libras

esterlinas en la sucursal de Pall Mall. Poco después penetraba en una elegante peluquería para caballeros situada en Polk Lane. Cuando salí, mi aspecto había cambiado sustancialmente: mis cabellos rubios eran ahora negros y estaban cuidadosamente recortados a navaja. Me habían teñido también las cejas e incluso las pestañas, además del corto bigote que me había dejado crecer durante los últimos días.

Cuando me contemplé en un escaparate próximo me sentí muy satisfecho. Era muy poco probable que en París pudieran reconocerme.

Capítulo V

ME volví al sentir en mi hombro el discreto codazo. El camarero tenía una sonrisa equívoca en los descoloridos labios.

—Ese que acaba de entrar es Marc-Antoine la Rose —susurró en voz tan baja que sólo yo pude oírle, a pesar de que numerosas personas se acomodaban en la barra de aquel bistro llamado La Gaie France.

Miré disimuladamente hacia la puerta.

Marc-Antoine la Rose se dirigía a uno de los veladores adosados a la cristalera que recorría todo el muro frontero a la barra. Los cristales amarilleaban por el humo, de modo que apenas podía vislumbrarse las siluetas de los viandantes que discurrían por la estrecha calle.

En cuanto a Marc-Antoine la Rose, me pareció un personaje pintoresco. Era de mediana estatura, muy delgado e increíblemente esbelto. Impresión que aún acentuaba más el elegante traje negro, magistralmente cortado, que vestía. Llevaba un blanco foulard al cuello y en su solapa izquierda destacaba atractivamente un pimpollo de rosa roja escarlata. Calzaba botines lustrosos de largo tacón y caminaba con una leve ondulación de caderas hacia un velador solitario.

Le vi dejarse caer sobre una silla con un ademán e incluso oí su profundo suspiro.

Sin atreverme a abordarle todavía, le estudié discretamente durante unos minutos. Aquel individuo de facciones pálidas y chupadas debía tener unos treinta años y todo en su actitud revelaba que era un invertido.

Comprendí, sin que nadie me lo hubiera revelado hasta entonces, que el sobrenombre La Rose se debía indudablemente a su costumbre de llevar una pequeña rosa escarlata en el ojal de su solapa.

Sus cabellos largos y oscuros, parecían muy cuidados y tenían un brillo sedoso. Advertí que estaban rizados sobre las sienes, quizá para compensar la estrechez de aquel delgado rostro de facciones delicadas y barbilampiñas.

Me sentía un poco nervioso, pues me proponía mantener una conversación con aquel elegante mariquita. Hasta entonces, yo no había tenido ninguna relación con homosexuales, ni de cerca ni de lejos, de modo que la decisión que había tomado me hacía sentirme particularmente inquieto. Además, el signo de la clientela de La Gaie

France no dejaba lugar a dudas: al bistrot sólo acudían homosexuales y travestis.

Llevaba ya tres días en París y desde el primer momento había frecuentado los «antros» de Montparnasse y Montmartre, con el único fin de adaptarme al ambiente que solía frecuentar un homosexual como Jacques Bastide.

Ingenuamente, había temido que frecuentar este tipo de locales podría ser peligroso. Cuando menos, temía que enseguida iba a sentirme acosado por los mariquitas y aguardaba con cierto temor que alguno de ellos se acercase a mí y me hiciera una proposición concreta. ¿Cómo reaccionaría yo entonces? Siempre me he considerado estrictamente viril e íntimamente experimentaba una intensa aversión hacia lo que ha dado en llamarse «tercer sexo». Y de ahí mis temores.

Sin embargo, durante aquellas setenta y dos horas había llegado a la conclusión de que nada debía temer. Descubrí por mí mismo que los sarasas eran personajes discretos, respetuosos y, por lo normal, muy atentos y educados para con los demás.

Cierto que en más de una ocasión me sentí observado con curiosidad e interés, que advertí entre ellos sonrisitas y les vi cuchichear mientras me dirigían miradas de reojo. Pero todo quedó en eso.

Era la segunda ocasión que visitaba La Gaie France, local situado en el Passage Lebrun. La suerte me había acompañado la tarde anterior: estaba tomando un aromático café colombiano acompañado de un exquisito coñac francés, cuando escuché claramente aquel comentario:

—¡Inconsolable, querida, inconsolable! La Rose no sale de casa desde que se cargaron al pobre Bastide. Claro que es lógico: La Rose estaba enamorada hasta los huesos de Jacques le Pique...

Me volví lentamente y observé a los dos mariquitas que conversaban en una mesa. Vestían pantalones de raso y jerseys de colorines y ambos llevaban los ojos maquillados. Pero a mí no me importaba su aspecto, sino su conversación.

Bastide. Ese era el apellidó que habían mencionado. Y también habían pronunciado el nombre de Jacques, aunque añadiendo aquel apodo incomprensible de Le Pique. (Más tarde descubrí que llamaban así al muchacho asesinado por su tenaz tendencia a inyectarse heroína en las venas.)

Cuando aquellos dos jóvenes homosexuales se marcharon, me atreví a abordar a Lucien, el camarero.

Este personaje padecía también lo que en aquellos ambientes solía describirse como un evidente «ramalazo». Es decir, también se trataba de un homosexual.

Lucien me había demostrado desde el principio una decidida atención. Me observaba empalagosamente, me sonreía sin motivo y

parecía siempre pendiente del menor de mis gestos.

—Perdone, Lucien —le dije, disimulando mi ansiedad—. ¿Quién es La Rose?

—¿La Rose? —respondió, apoyando delicadamente su fina mano en su mejilla derecha—, ¡Oh, monsieur, se trata de todo un personaje! Un verdadero artista, la *crème de la crème* en los tablados de los mejores locales de esta zona.

Se llamaba Marc-Antoine Roche y, según Lucien, era un verdadero artista de variedades, el rey de los travestis, aunque en aquel ambiente preferían llamarle reina...

—Cobra más que nadie y los empresarios se lo disputan, monsieur. Llevaba tres meses de actuación ininterrumpida en Le Muguet d'Or con un éxito clamoroso, pero después de la muerte de son cher Jacques, suspendió sus actuaciones y se ha retirado a su residencia.

Marc-Antoine la Rose debía obtener ingresos muy elevados que le habían permitido adquirir un palacete situado en rué Flaubert, donde vivía actualmente.

Comprendí, pues, que Jacques Bastide y Marc-Antoine eran algo más que amigos y que ambos componían una especie de *ménage* a la usanza de los homosexuales.

También advertí que entre los mariquitas se palpaba un ambiente desacostumbradamente tenso. Y una prueba de ello eran las miradas huidizas, inquisitivas, con que se escrutaba a los desconocidos que penetraban en los locales frecuentados por los invertidos y sus amigos. No se hablaba del salvaje asesinato de Bastide, no pude escuchar un solo comentario en ningún sentido, a excepción de lo que había escuchado en La Gaie France. Se decía que los homosexuales de París se sentían aterrados.

Por suerte, yo había conseguido ganarme la confianza de Lucien, el camarero de La Gaie France, el cual, al parecer, me consideraba un joven impetuoso a la búsqueda de sensaciones desconocidas.

Y ahora, contra todo pronóstico, al final de aquella tarde gris y lluviosa, el inconsolable Marc-Antoine la Rose acababa de hacer su aparición en el bistrot.

Como no le había perdido ojo desde que se dejase caer lánguidamente en una silla junto al velador de la sucia cristalera manchada de humo y vaho, pude comprobar que un grupo de jóvenes se acercaba poco después a su mesa.

La Rose hipó patéticamente, recibió las muestras de condolencia por parte de los amigos, pero poco después los despedía con un ademán impaciente.

—Se ha vestido de luto por él, por Jacques —deslizó Lucien en mi oído—. Creo... creo que debe sentirse desesperado, *pauvre garçon*

malehereux!

Pedí una segunda copa, que Lucien se apresuró a servirme. Encendí un cigarrillo, tomé mi copa y llenando mis pulmones de aire, me acerqué a la mesa que ocupaba La Rose.

Con toda frescura, acerqué una silla y me senté. Enseguida, sus ojos enfebrecidos se clavaron en mí ardientemente.

—Discúlpeme —pronuncié con tono humilde—. Me gustaría hablar un momento con usted.

Sus ojos, finamente maquillados, me asaeteaban sin misericordia. Pero supuse que iba a estallar en improperios y me apresuré a añadir:

—He conocido la noticia en cuanto llegué a París y he quedado consternado. Me llamo Jordan. Era... era amigo de Marcel Bastide.

Aquel nombre fue la palabra clave. Inmediatamente, la expresión de Marc Antoine la Rose se suavizó y en sus ojos apareció una lucecita de interés.

—¿Jordan? —murmuró, llevándose un pañuelito a los ojos—. ¿Es inglés?

Asentí. Le dije que Marcel y yo habíamos recorrido el mundo impresionando en nuestras cámaras los horrores de la guerra y añadí que nos unía una estrecha amistad.

—Marcel se sentía muy preocupado por su hermano. Antes de morir, me pidió que viniera a visitarle —callé a propósito el verdadero motivo de mi visita—, lamentablemente, he llegado tarde. Lucien... Bien, ha tenido la amabilidad de confiarme que Jacques y usted eran amigos. Tengo que presentarle mis condolencias: le aseguro que lamento profundamente lo ocurrido.

Sus hombros delgados se estremecieron y sus facciones se turbaron. Un sollozo estrangulado brotó de sus labios y el pañuelito que tenía entre las manos se empapó completamente de sus lágrimas, por lo que tras una breve vacilación, me atreví a ofrecerle un pañuelo limpio, que Marc-Antoine aceptó sin dejar de hipar patéticamente.

Cuando logró rehacerse un tanto, murmuró:

—Fue... fue horrible. Dos policías se presentaron en casa, me obligaron a meterme en un coche y me llevaron a la Morgue. Querían que reconociera a Jacques, pero me desmayé al contemplar su cuerpo salvajemente cercenado. Luego... me interrogaron durante dos horas. Sospechaban de mí... ¡imagínese! Temían que yo le hubiera asesinado por... por celos. Pero yo le amaba, señor Jordan, como jamás había querido a nadie... Por fortuna, pude demostrar mi coartada y me devolvieron a casa. Desde entonces... no he hecho otra cosa que llorar. Y por fin, hoy me decidí a salir, pues comprendí que me estaba destrozando poco a poco, escarbando morbosamente en mis recuerdos.

Me volví e hice un gesto a Lucien, que vino después con una bandeja

y un servicio de café.

Marc-Antoine bebió un poco de café y coñac y sus macilentas mejillas se colorearon un poco. Había dejado de sollozar e incluso aceptó el cigarrillo inglés que le ofrecí.

Al cabo de unos minutos, alzó sus ojos enrojecidos y me preguntó:

—¿Qué es lo que se propone, señor Jordan?

Carraspeé, vacilante.

—Parece que la policía no ha avanzado mucho para esclarecer el asesinato y descubrir al culpable. Creo que yo podría hacer algo a ese respecto —confesé.

Me miró de hito en hito, por encima del humo azulado de su cigarrillo.

Reflexivamente, susurró:

—Parece usted un buen muchacho, Jordan. Por eso voy a hacerle esta advertencia: lo mejor para usted es que coja su maleta y se marche. Inmediatamente.

Me pilló de sorpresa su vehemente aviso.

—¿Por qué he de marcharme? —dije.

Su expresión era severa cuando respondió:

—Usted no conseguirá nada, sino complicarse inútilmente afirmó veladamente. Y añadió con voz apenas audible—: Siga mi consejo. ¡Márchese!

Su insistencia me hizo sentirme incómodo. Aduje inmediatamente que no pensaba hacer tal cosa, que la amistad que me había unido a Marcel Bastide exigía que yo hiciera algo por su hermano y que pensaba investigar discretamente para llegar a esclarecer el caso.

Vi que dirigía una desconfiada mirada a su alrededor y sus ojos se entornaron, medrosos.

—No quiero seguir hablando con usted aquí —afirmó en voz bajísima.

—En tal caso, salgamos. Tengo mi coche fuera. Demos un paseo. Dentro del coche, nadie podrá escuchar lo que hablemos —le propuse.

Un momento después, me había arrepentido de aquella atolondrada proposición: Lucien me dirigió una larga y equivocada mirada cuando me acerqué a pagar las consumiciones y las miradas maliciosas de los clientes nos siguieron hasta la puerta cuando Marc-Antoine y yo abandonamos La Gaie France.

Supongo que en aquel momento debí enrojecer hasta las raíces del cabello, pues noté que mis mejillas ardían.

—No se preocupe demasiado —me consoló La Rose con delicadeza—. Sólo sienten envidia. Todos me envidian.

Mi postura no podía ser más desairada —desde mi punto de vista masculino—, pero me esforcé en caminar a paso normal hacia el Datsun,

estacionado en las proximidades. No quería mirar a las personas que se cruzaban con nosotros, pues Marc-Antoine caminaba a mi lado con escandaloso contoneo de caderas.

Abrí el coche apresuradamente, me introduje dentro y le abrí la otra puerta. Marc-Antoine se introdujo cuidadosamente en el coche, tomó asiento e instintivamente se contempló un momento en el espejo retrovisor.

Di el encendido, oí el zumbido ronco del motor y salí de allí de estampida.

Quince minutos después viajábamos a poca velocidad a lo largo de la carretera que rodea el Bois. Llovía sin violencia y aquel paraje se veía absolutamente solitario. Aflojé la marcha y frené suavemente bajo las goteantes copas de los viejos árboles del bosque de París.

Confieso que me sentía un poco tenso. La presencia próxima de aquel afeminado individuo me perturbaba un poco.

Para disimular mi zozobra, saqué del bolsillo un paquete de Dunhill y ofrecí un cigarrillo a Marc-Antoine. Encendimos los pitillos y fumamos en silencio. Por encima de nuestras cabezas resonaba en el techo el rumor quedo de los goterones de lluvia, que también salpicaba con fuerza contra los cristales.

Rápidamente, los cristales se llenaron de vaho interiormente. Con la disculpa de que el coche se estaba llenando de humo, bajé el cristal de mi portezuela.

—¿Y bien, qué tiene que decirme, Antoine? Allí, en La Gaie France, me pareció advertir que usted se sentía asustado —dije.

Se estremeció.

—No sólo me siento asustado —confesó, encogiéndose, friolero, en el asiento—. Mejor sería decir que me siento invadido por el pánico.

—¿Por qué?

No parecía decidido a ser sincero conmigo. Indudablemente, ocultaba algo.

—¿No tiene interés en vengar a Jacques? —le zaherí—. Usted ha confesado que le amaba. No tengo ni idea acerca de los sentimientos entre...

—Entre homosexuales. Dígalo sin ruborizarse —puntualizó Marc-Antoine con frialdad. Y añadió, violentamente—: Ustedes, las personas «normales», no pueden entender lo que sentimos nosotros, los marginados. Pero créame, yo amaba a Jacques con todas mis fuerzas —confesó apasionadamente—. ¿Piensa que no me gustaría vengarme? Daria todo lo que poseo por ver a sus asesinos desenmascarados y encerrados. Aunque si quiere que le diga lo que siento —añadió, entornando los ojos en un rictus cruel—, preferiría hacerles lo mismo que ellos hicieron con Jacques: despedazarlos vivos.

Sus palabras resumaban un odio tan intenso que me estremecí.

—¿Quiere decir que a Jacques lo mutilaron antes de morir? —le pregunté, espeluznado.

—Eso fue lo que declaró el doctor La Rivière, el médico forense que llevó a cabo la autopsia del cadáver —contestó La Rose—. Le cercenaron ambos brazos valiéndose de un cuchillo de degollar cerdos y una pequeña hacha. Jacques se había «picado» una dosis en el brazo y se encontraba indefenso en el baño, cuando sus asesinos fe sorprendieron. Tras mutilarle horriblemente, dejaron que muriera desangrado.

Miraba sin ver los hilillos de agua que resbalaban por el parabrisas. Aquel hombre parecía tan desgraciado y desesperado, que experimenté una viva compasión por él.

—Está bien. Todo eso viene a fortalecer mi decisión de investigar a fondo para llegar hasta los asesinos. Creo que, en lugar de tratar de disuadirme de ello, usted Marc-Antoine, debería ayudarme en la tarea que me ha propuesto.

Quedó en suspenso, mientras se pellizcaba inconscientemente un labio. Tardó tanto en responder, que temí haberle ofendido.

Y luego hizo aquella declaración:

—Hay otra cosa en mí más fuerte aún que el afán de venganza: el instinto de conservación. —Súbitamente giró hacia mí, me aferró por las solapas y me zarandeó con una energía que jamás hubiera supuesto en un individuo tan entero—. Pero ¿es que no comprende que estoy muerto de miedo, que temo por mi propia vida?

Capítulo VI

LUEGO se desmoronó y se dejó caer como un guñapo sobre el asiento contiguo.

Le oí sollozar, aunque oprimía el pañuelo contra su boca y su nariz. Yo me sentía tan impresionado, que mis manos se tendieron hacia él, ansiosas por consolarle, pero no llegué a terminar el movimiento, temeroso de que mi gesto no fuera debidamente interpretado por aquel pobre hombre.

Saqué dos cigarrillos y le puse uno en los labios.

—Vamos, vamos, tranquilícese. ¿A qué vienen esos temores? —dije.

Apartó el pañuelo y me miró. Tenía un aspecto de profunda aflicción, aunque su nariz enrojecida le daba una apariencia grotesca.

Seguidamente confesó que la tarde anterior había sufrido un terrible susto al volver de la consulta del doctor Fauvre.

—Había perdido el apetito y me sentía muy débil —relató—. Unos amigos estuvieron en casa a visitarme y se alarmaron al comprobar mi abatimiento. Insistieron en que debía visitar al médico y sobreponerme a mis sentimientos. Cuando se marcharon, llamé por teléfono al doctor Fauvre. Es un hombre muy comprensivo, que me conoce desde hace varios años. Siempre me ha tratado como a una persona y me ha demostrado un afecto tan desinteresado que me siento profundamente agradecido a él. Fue precisamente el doctor Fauvre quien me desaconsejó una operación de cambio de sexo. Me convenció de que yo no estaba lo suficientemente motivado como para afrontar una decisión tan trascendente...

Al oscurecer, Marc-Antoine pidió un taxi por teléfono. (Aunque poseía un lujoso automóvil americano, le había resultado imposible obtener el carnet de conducir. Habitualmente, era Jacques quien conducía aquel automóvil.)

—El doctor Fauvre me dijo por teléfono que fuera a visitarle inmediatamente. El pobrecillo parecía muy preocupado por mi lamentable estado de ánimo —continuó La Rose—. Estuve casi una hora en su consultorio y cuando salí de allí me sentía muy confortado, como siempre que visitaba a mi médico. Me recetó unas inyecciones y me convenció de que DEBÍA imponerme a mi abatimiento.

Otro taxi le dejó junto a su residencia hacia las siete y media de la

noche.

—Las luces estaban encendidas, lo que ya provocó mi alarma, puesto que yo estaba seguro de haberlas apagado antes de tomar el taxi que me llevaría al consultorio del doctor Fauvre —relató—. Pero aún me asusté más cuando comprobé que la puerta estaba forzada: la habían destrozado con una palanqueta.

Inmediatamente, pensé en un robo, en un asalto a su domicilio. Indeciso respecto a lo que debía hacer, permaneció ante la puerta unos minutos. Luego, huyó de allí y corrió hacia la cabina telefónica más próxima.

—Los del coche radio patrulla llegaron veinte minutos más tarde. Les expliqué mis temores y ellos penetraron en la casa. Poco después, uno de ellos se asomó a la calle y me invitó a entrar.

Lo que Marc-Antoine vio provocó el estallido de sus nervios.

—Los asaltantes debieron sentirse asaltados por una furia demoníaca —declaró, retorciéndose nerviosamente las bien cuidadas manos—. Habían destripado salvajemente mis caros muebles, rajado tres cuadros que valen más de un millón de francos y hecho añicos las piezas de mi colección de porcelanas de Sévres, que afortunadamente estaban aseguradas por una póliza de seguro y tasadas en trescientos mil francos. Pero, oh, *mon Dieu* —sollozó La Rose—, eso no fue todo.

—¿Qué quiere decir?

—Mi perrito, «Michelot», mis canarios y periquitos... ¡degollados! —gimió Marc-Antoine, tembloroso—. Todo estaba manchado de sangre y el cadáver de mi perrito estaba en mi propio lecho, degollado y con el vientre fuera.

Por fortuna, el doctor Fauvre llegó poco después, a requerimiento de los policías, que tuvieron que hacer frente a un ataque de histeria por parte de Marc-Antoine.

—Fue una salvajada imperdonable. Pero aquella barbarie... El cadáver de «Michelot» sobre mi cama, tenía otro significado. No habían entrado allí a robar, simplemente, pues nada se llevaron, solamente destrozaron cuanto de valor hallaron a su paso. El cuerpecillo destrozado de «Michelot» venía a ser una advertencia. Los tipos que habían penetrado en mi casa me buscaban a mí, para asesinarme. Y mataron a «Michelot», rabiosos, al no encontrarme a mí —terminó La Rose.

Su relato me impresionó tan vivamente, que durante unos minutos fui incapaz de pronunciar una palabra.

—Pero ¿por qué, por qué? —indagué luego—, ¿Qué motivos tenían esos salvajes individuos contra usted?

La Rose se encogió de hombros dramáticamente.

—No lo sé —dijo—. O quizá se deba a mi *liason* con Jacques. Quizá

él se atrajo el odio del clan de los corsos.

—¿El clan de los corsos?

Me explicó que se trataba de un grupo de maquereaux¹ establecidos en el bajo París, que explotaban a homosexuales y travestis como si se tratase de prostitutas.

Según La Rose, la cabeza visible de aquel grupo de delincuentes era Jean Carabone, un peligroso individuo que había cumplido varias condenas por homicidio y malos tratos.

—Quizá trataron de presionar a Jacques para que él me obligara a prostituirme —aventuró Marc-Antoine—. Aunque me sorprende que Jacques no me advirtiera. De todas formas, Jacques era un muchacho valeroso, temerario. Jamás sentía miedo y se enfrentaba decididamente a cualquiera que tratase de inmiscuirse en nuestras cosas.

—¿Por qué no habló a la policía acerca de esto?

Marc-Antoine se echó a reír, tristemente.

—¿Denunciar a los corsos? Esa sería una temeridad propia de Jacques, pero nadie se atreve a tal cosa. Carabone ha dado palizas tan salvajes a los que se atrevieron a mencionar su nombre, que sus víctimas se convirtieron en personas tullidas para toda la vida.

Tras una pausa, añadió:

—Pero ni siquiera estoy seguro de que el asalto de ayer deba ser atribuido al clan de los corsos. No, ellos me hubieran advertido previamente. Es algo más peligroso aún... Una amenaza que no alcanzo a vislumbrar —se estremeció violentamente, a pesar de que la temperatura era templada dentro de mi coche—. Es algo... ¿cómo explicarlo? oscuro y subterráneo, pero sospecho que la amenaza tiene alguna relación con Jacques. Y hay algo que respalda mis sospechas.

—¿Qué?

—Se rumorea que hay un grupo de ultras empeñados en expulsarnos de los teatros, cabarets y bistrots. Un grupo bien organizado, y financiado por personas muy importantes —susurró—. Y Jacques, en cualquier caso, no es la primera víctima.

—¿Quiere decir que hay más...?

—Hace poco más de un mes, el cadáver de René Blavier fue encontrado en las proximidades de Beau-Le Medecin. Blavier era un travesti que actuaba en pubs gays y otros locales de espectáculos. Llegó a ser famoso e incluso actuó en un programa para la televisión. Se pavoneaba de contar entre sus más íntimos amigos a varias personalidades de la política, los deportes y las finanzas. Pero lo asesinaron de forma espeluznante. Su cadáver tenía completamente borradas las facciones. ¿Sabe qué utilizaron para ello? Un soplete de oxicorte...

Tragué saliva, impresionado por el relato.

—Ha habido varios casos más de crímenes brutales, cuyas víctimas fueron también homosexuales —añadió La Rose con voz lúgubre—. Aunque es evidente que la policía no los ha relacionado entre sí. Ellos tienen una fórmula para explicar esos asesinatos sangrientos: ajuste de cuentas entre mariquitas. Eso es todo.

Callamos durante largo rato.

Estaba anocheciendo y la lluvia azotaba con violencia las frondas del bosque.

—Dígame una cosa, Marc-Antoine —rompí el silencio—: ¿Cómo era Jacques Bastide?, ¿a qué se dedicaba?

Me describió a su «ligue» como un muchacho impetuoso, atolondrado y pleno de energía vital. Sí, había caído en la trampa de las drogas, pero ésa era una tendencia habitual entre los marginados homosexuales, según Marc-Antoine.

—Era alegre, despreocupado, charmant! —le describió La Rose, repentinamente animado—. Gastaba el dinero alegremente, sin darle ninguna importancia. A menudo hablaba con entusiasmo de su hermano, reportero de prensa allá donde hubiera un conflicto bélico. Jacques admiraba a su hermano rendidamente. Supongo que debía a Marcel su afición a la fotografía y al cine...

Se interrumpió bruscamente. Sus facciones reflejaron sorpresa y estupor.

—¡Me había olvidado de ello! —exclamó, mordiéndose femeninamente el labio inferior.

—¿De qué? —me atreví a preguntar.

Pero no reparó en mi pregunta y buscó apresuradamente en su bolso de mano, fabricado en excelente piel de cabra.

Hurgó en su interior y exhaló un gritito de satisfacción, al tiempo que mostraba un pequeño llavín plano.

—Le voilà! —exclamó, haciendo oscilar la llave delicadamente entre sus dedos.

—¿Qué es?

—Una llave de la consigna de la Gare de Lyon. ¡Me había olvidado por completo de ello! —se reprochó. Y añadió—: Jacques estuvo trabajando un par de semanas para el director de cine Gaston Darrangeis. Ya le dije que tenía una gran afición a la fotografía y al cine. Creo que estuvieron Filmando en un pueblecito del Midi. De cuando en cuando, Darrangeis llamaba a Jacques y le encargaba pequeños trabajos. Reportajes relacionados con la filmación de películas, según me dijo. Cuando regresó de su último viaje, Jacques me entregó esta llave y me dijo que tenía un par de cámaras y un lote de clisés en su departamento de la consigna. Dijo que quería que yo me encargase del revelado de esos clisés. Aquel día, ahora lo recuerdo, parecía muy inquieto y

preocupado. Dijo que estaba invitado a una fiesta que daba Darrangeis en su finca de la Grosse Corniche con motivo de la terminación de una de sus películas. Jacques daba muestras de una gran excitación y se marchó enseguida. No volvió esa noche, conforme me había prometido. A la mañana siguiente le telefoneé a su cuchitril de la rué Llobard. Estaba de malhumor, discutimos y colgó el teléfono bruscamente. No volví a verle con vida —suspiró—. Y ahora no sé qué hacer con esos clisés y las cámaras guardadas en la consigna de la Gare de Lyon —terminó tristemente.

Se había hecho de noche. Vi que se estremecía y enseguida dijo:

—¿Quiere devolverme a casa? No me siento seguro en medio de estas soledades.

—Por supuesto —respondí. Y puse el motor en marcha.

Durante el camino, que cubrimos a pequeña velocidad, le pregunté:

—¿Piensa volver a casa? ¿Es que no tiene miedo a que pueda repetirse el asalto de ayer?

Se encogió de hombros con un gesto fatalista.

—¿Cree que me sentiría seguro en cualquier otro lugar? —susurró—. De todas formas, la policía me dará protección durante unos días. ¿No ha visto el Renault que pasó varias veces ante nosotros mientras permanecíamos dentro de este coche, en el Bois? Era uno de los policías que me protegen. También hay otros dos que vigilan constantemente mi casa desde ayer.

—Eso demuestra que la policía es consciente del peligro que corre usted. En fin, creo que no debe sentirse preocupado por el momento —comenté.

—Usted lo ha dicho, Jordan: por el momento —respondió, tristemente—. Durante una semana o quizá dos, la policía se ocupará de mi seguridad. Estoy seguro de que «ellos» no se atreverán a intentar nada contra mí mientras los agentes judiciales estén cerca. Pero ¿puede usted decirme qué ocurrirá cuando el inspector Dassins decida retirar a sus hombres?

Callé, pues no tenía ninguna respuesta para aquella inquietante pregunta.

Poco después, dejaba a Marc-Antoine en su lujosa residencia de la rué Fraubert.

Capítulo VII

CON el fin de que nadie controlara mis idas y venidas, había rehusado alojarme en un hotel. Tras consultar con una agencia inmobiliaria, decidí alquilar un bonito apartamento situado en las proximidades de la Porte de Bagnolet, exactamente en la rué Louis Lumière.

Era el lugar perfecto para pasar desapercibido: la calle se encontraba en una zona tranquila, ajardinada, a un paso de la autopista de circunvalación Este. Se trataba de un conjunto formado por seis edificios de cuatro plantas, de aspecto muy agradable. El alquiler de un apartamento daba derecho a la utilización del garaje, ubicado en la planta baja. Por lo demás, los apartamentos estaban amueblados y contaban con todos los servicios deseables.

Si a ello se añade que el precio del alquiler era discreto, se comprenderá que mi elección no pudo ser más acertada.

Mi apartamento estaba situado en el primer piso del primero de los edificios. Tras una discreta inspección, comprobé que el apartamento contiguo al mío no estaba ocupado. Mejor que mejor.

En cuanto al problema de la alimentación, no me preocupaba demasiado. Yo estaba habituado a valirme por mí mismo en las condiciones más extremas. Por otra parte, el frigorífico de mi cocina estaba bien abastecido de fiambres, conservas, vino y cerveza. Por lo común, yo solía comer en el primer lugar que me caía al paso. Como no era muy exigente, por la noche me bastaba con un par de huevos fritos, bacon y una ensalada. O bien, si me sentía muy cansado, me limitaba a prepararme un par de bocadillos.

Aquella noche me retiré a hora temprana. Tras dejar a Marc-Antoine en su casa de la rué Flauvert, sentí necesidad de recluirme en mi apartamento con el fin de poner en orden los datos que La Rose me había facilitado. Encendería la calefacción, me prepararía un par de bistecs y mientras comía, me bebería una botella de beaujolais ante el televisor.

Seguía lloviendo cuando abandoné la autopista del Este y conduje a lo largo de la rué Louis Lumière. Ráfagas furiosas azotaron mi coche cuando aminoré la marcha y me acerqué a la puerta automática del garaje.

Sólo había otros dos coches dentro del recinto: un Peugeot 505 y un

Renault-5 amarillo. El piso de hormigón estaba materialmente cubierto de húmedas pisadas.

Me entretuve un momento en el interior de mi Datsun mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía. Entretanto, la luz automática del garaje se apagó.

Cuando empujé la portezuela para salir del coche, entreví por unos segundos la silueta difusa que se abalanzaba sobre mí. Sólo fue un instante, como digo, pues la luz interior del Datsun se apagó precisamente en aquel momento.

Surgió un chorro de chispas de la brasa del cigarrillo y maldije al sentir la quemadura en el mentón.

Pero mis destempladas protestas se cortaron bruscamente al recibir aquel salvaje golpe en la garganta. Instantáneamente, perdí la respiración y mis rodillas se doblaron.

Una intensa angustia se apoderó de mí. Me ahogaba y agité desesperadamente los brazos tratando de introducir un poco de aire en mis pulmones.

Mi defensa fue casual: arrodillado sobre el cemento, elevé bruscamente la cabeza en mi afán de respirar. Oí un chillido y el rumor de un cuerpo que caía sobre mí.

Tumultuosamente, el aire penetró a través de mi lastimada tráquea y alivió mis pulmones, a punto de la asfixia.

Entretanto, la persona que me había atacado tan brutalmente comenzó a removerse en el suelo. Respiré afanosamente, alcé una mano y tiré enérgicamente de la puerta de mi Datsun. Algo insólito se interpuso en su camino. Se oyó un ruido sordo y un estrangulado gemido de dolor.

Del interior del coche surgió un haz de luz que iluminó el bulto de la persona caída en el suelo.

—Te has caído, amiguito —rezongué, iracundo—. Voy a darte una verdadera lección de lucha oriental.

Di un nuevo tirón a la portezuela, de modo que se mantuviera abierta y la luz continuara encendida, y me abalancé sobre el tipo que yacía boca abajo.

Su cazadora de cuero estaba mojada, al igual que sus cabellos rojos. Jadeante y enfurecido, pasé una mano bajo su mentón y tiré con fuerza hacia atrás, dispuesto a romperle el cuello a la menor señal de resistencia.

Un gritito brotó de sus labios. Un chillido netamente femenino.

Pasmado de asombro, contemplé aquellos rojos cabellos, excesivamente largos para un hombre. Por lo demás, mi mano derecha palpaba unas facciones suaves, desprovistas de barba.

No se trataba de un hombre, como había imaginado, sino de una

mujer muy joven.

Solté mi presa, la volví bruscamente asiéndola por los hombres y escruté aquellas facciones con ansiedad. La sorpresa me obligó a aflojar mi presa: la mujer sobre la que yo cabalgaba era la bella pelirroja que había visto por vez primera en la rué Llobard, la tarde en que asesinaron a Jacques Bastide.

Un hilillo de sangre brotaba de su perfecta nariz e iba a manchar sus carnosos labios. Estaba indefensa, incapaz de reaccionar, pues parecía aún bajo los efectos de una fuerte conmoción.

Me puse en pie y la elevé, tomándola por los brazos.

No me fiaba de ella: había demostrado ser demasiado peligrosa. La obligué a girar, la empujé contra el vehículo, separé sus piernas enfundadas en pantalones de pana azul y la cacheé. Un momento después tenía en mi mano una pistola Browning calibre 6.25, que ella ocultaba en su bolsillo de su holgada cazadora.

De otro bolsillo saqué un arrugado paquete de Winston, un llavero con tres llaves y una carterita de esas que venden los quincalleros marroquíes por unos pocos francos. Me guardé todo aquello en el bolsillo y advertí:

—No se mueva de ahí. Tengo su pistola empuñada —y corrí a grandes zancadas hacia el fondo del garaje, pulsé el interruptor de la luz fija y el recinto quedó inundado de la luz blanquecina de los tubos fluorescentes que colgaban del techo.

Volví rápidamente al Datsun, pero aquella mujer continuaba apoyada pasivamente sobre el techo del automóvil.

—Vamos —dije. Y tomándola sin muchas consideraciones por el cuello forrado de su cazadora, tiré de ella y nos encaminamos a la puerta que comunicaba con la escalera.

Ya en el interior de mi apartamento, la solté con brusquedad sobre el diván.

Era muy bella, aunque sus facciones carecieran entonces de color y sus suaves mejillas estuvieran manchadas de sangre reciente. Su perfecta nariz ya no lo era tanto, pues había comenzado a hincharse y una tumefacción oscura se extendía sobre su labio superior.

Derregada sobre el diván, laxos los miembros y pálida la tez, tenía un aire de abandono y desvalidez que generaba un sentimiento de compasión.

Pero yo no era tan estúpido como para dejarme llevar por semejantes sentimientos. Mi garganta ardía aún y mi respiración era jadeante. No, no podía olvidar que aquella hermosa y joven mujer podía haberme matado con su terrible golpe de karate.

Tuve un gesto, aunque mínimo. Busqué en mis bolsillos un pañuelo y se lo arrojé al regazo.

—Límpiese —dije—. Si sigue sangrando, va a poner perdido el tapizado del diván.

Elevó fa cabeza lentamente y me miró con odio infinito.

Parpadeé, desconcertado. ¿Por qué aquella expresión de intenso rencor, qué motivos tenía aquella mujer para odiarme?

Ella desvió la mirada, tomó el pañuelo, lo desplegó y se enjugó con cuidado la nariz.

—Muy bien. Y ahora dígame por qué me atacó —exigí con dureza—. Cualquiera diría que se proponía matarme.

—Y ése, justamente, era mi propósito. Lamento haber fallado —murmuró con voz ronca—. Usted debe ser un tipo duro. A otro cualquiera, mi golpe le habría destrozado la tráquea...

Le miré de hito en hito.

—Sí, supongo que sí —admití, llevándome instintivamente una mano a mi dolorida garganta—. Pero ¿por qué?

—No sea cínico. Usted conoce perfectamente mis motivos —respondió. Y sus ojos color violeta se incendiaron en una llamarada de aborrecimiento.

Me dejé caer sobre un sillón situado frente al diván. Me sentía sinceramente aturdido.

—Dice que tiene motivos para asesinarme a sangre fría...

¡Pero yo ni siquiera la conozco! —exclamé—. ¿Quiere explicarse de una maldita vez? Si de sus palabras deduzco alguna responsabilidad mía, le juro que la asumiré plenamente.

Pero ella apretó los labios y permaneció en silencio, aunque sus preciosos ojos seguían contemplándome con fría abominación.

Fui a encender un cigarrillo para calmar mis nervios y mi mano encontró su cartera. Deje un momento la pistolita sobre el brazo del sillón, pero volví a empuñarla al advertir que ella se incorporaba levemente, dispuesta a arrojar sobre mí como una pantera rabiosa.

—Si se mueve de ahí, no dudaré en disparar contra usted. Compréndalo: usted estuvo a punto de enviarme al otro barrio con ese golpe de karate —le previne.

Poco a poco, relajó sus músculos y tornó a abandonarse sobre el cómodo sofá.

Tuve que valerme de la mano izquierda para averiguar el contenido de aquella cartera. Unas pocas monedas dos billetes de cincuenta francos y un documento de identidad a nombre de Marie-Louise Blavier, soltera, de veinticinco años, residente en Gragnolles, de profesión profesora de educación general básica. La pequeña foto en color del documento no reflejaba ni mucho menos la belleza de aquel rostro ovalado de pómulos levemente sobresalientes.

—Nunca lo hubiera sospechado —exclamé, sinceramente

sorprendido—. ¡La profesora de un pueblecito...! Con ese cuerpo, hubiera jurado que se trataba de una modelo o quizá de una joven starlette.

—¿Qué importa eso? —murmuró, rencorosa—. No necesito salir en la portada de Newsweek para borrar de su rostro esa sonrisa presuntuosa.

—Ya lo veo —repuse, pensativo. Y volví a guardar el dinero y la documentación en la carterita—. Vamos, dígalo de una vez. ¿Por qué intentó matarme?

Una sonrisa irónica plegó sus labios. Pero inmediatamente la sonrisa se trocó en gesto de dolor, pues la hematoma de su labio superior y la hinchazón de su nariz iban en aumento.

—Usted... usted es un cerdo borracho de sangre —me lanzó a la cara con voz vibrante—. Le vi abandonar una casa próxima al 39 de la rué Llobard y más tarde vi su foto robot en las primeras páginas de los diarios... ¿Es necesario que siga hablando?

—Desde luego —respondí, cada vez más interesado.

—Trata de pasar desapercibido tiñéndose el pelo e incluso ese pretencioso bigote negro, pero a mí no pudo engañarme. Le reconocí en cuanto le vi hace unos días en La Gaie France, charlando animadamente con Marc-Antoine la Rose. ¿Qué se proponía? ¿Quizá también piensa asesinar al pobre Roche?

—Oiga, está tremendamente equivocada. Yo...

Pero no me dejó continuar. Brillantes los ojos de cólera, hinchando el busto bajo el flexible cuero de su cazadora, me acusó ardientemente:

—Usted asesinó a Jacques Bastide y también a René Blavier. Probablemente, es un sicario de Carabone y su grupo de criminales. Hasta ahora ha sabido burlar a la policía, pero yo... yo le...

Fue en aquel momento cuando recordé mi conversación con Marc-Antoine en el Bois de Boulogne. La Rose me había contado que, un mes atrás, el cadáver de un gay llamado René Blavier había sido hallado en el vertedero de basuras de Beau-Le Medecin con el rostro horriblemente carbonizado.

René Blavier, Marie-Louise Blavier... La relación era clarísima

—Así que René Blavier era su hermano —dije, aprovechando que la indignación le impedía articular el torrente de improperios que pugnaba por brotar de sus labios.

—Era mi único hermano —casi sollozó—. Y era homosexual, sí, pero no era culpable de sufrir una aberración de la Naturaleza. Además... René era lo único que yo tenía —sus hombros se estremecieron violentamente—. Pasé por la terrible prueba de identificar su cadáver, contemplé con horror sus facciones borradas por el fuego y...

El llanto le impidió seguir hablando. Durante unos minutos, respeté

su dolor y permanecí en silencio, observándola. Confieso que me sentía impulsado de acercarme a ella, a rodearla con mis brazos y tratar de llevar un poco de consuelo a su ánimo, pero no me decidí a hacerlo. En parte, porque ella me consideraba un asesino, y en parte también porque en su exaltación aquella mujer era capaz de reaccionar locamente.

Cuando advertí que sus sollozos iban apaciguándose, saqué mi pasaporte del bolsillo y lo puse sobre su regazo.

—Está en un tremendo error, señorita Blavier. Sólo tiene que mirar mi pasaporte para comprender que yo no tenía motivo alguno para asesinar a René o a Jacques —le expliqué—. Consulte mi pasaporte. Verá que llevaba cinco años sin visitar este país, pues las exigencias de mi profesión de reportero de guerra me han mantenido lejos de Europa por largo tiempo. No conocía a su hermano, ni siquiera a Jacques Bastide, aunque poseía referencias de este último a través de su hermano, Marcel Bastide, corresponsal de prensa como yo.

No se movió, pero había dejado de llorar y podía percibirse un cambio sutil en su actitud.

—Si no conocía a René Blavier, ¿cómo podía tener interés en asesinarle? Vine a París para visitar a Jacques, por encargo de su hermano Marcel, muerto en lamentables circunstancias en el Líbano —le expliqué detalladamente el encargo de Marcel y añadí—: En cierto modo, usted y yo tenemos idéntico objetivo: desenmascarar a unos asesinos.

Fue entonces cuando tomó mi pasaporte y lo examinó con gran atención. Al cabo, lo dejó sobre el diván y me miró.

—Pero es cierto que usted estuvo en el domicilio de Jacques la tarde en que la policía halló su cadáver salvajemente mutilado...

—Sí. E incluso me crucé con sus asesinos en la escalera. Permanecí en el ático-A por espacio de dos horas antes de encontrar el cadáver de Jacques en el baño. ¿Cree que un asesino permanecería tanto tiempo en el escenario del crimen, exponiéndose a ser detenido in fraganti? Créame, señorita Blavier: tengo fundadas sospechas de que fueron sus asesinos quienes trataron de cargarme con el muerto, llamando a la policía. No tuve más remedio que escapar a toda prisa cuando vi subir a los agentes, pues mi posición era muy comprometida.

Hice una pausa para recobrar la respiración y añadí:

—Habría comprobado por el pasaporte que volví desde Inglaterra al cabo de nueve días. Un asesino no hubiera hecho tal cosa. Pero yo regresé porque no podía dormir tranquilo permitiendo que el asesinato del hermano de mi viejo amigo quedara impune. Y si me entrevisté con Marc-Antoine fue precisamente con el afán de obtener información suficiente para iniciar mis pesquisas.

Marie-Louise Blavier no hizo ningún comentario. Pero me animó

mucho comprobar que aquella mirada de odio había sido reemplazada por una expresión de intensa perplejidad.

—En cuanto a usted —pronuncié—, debía sentirse muy desesperada para intentar matarme atolondradamente. ¿Qué cree que hubiera ocurrido en caso de ser yo el asesino que usted buscaba? Probablemente, a estas horas su cadáver sería arrastrado por las aguas sucias de las alcantarillas de París.

Oí un leve suspiro.

—SS —confesó—, me sentía desesperada hasta el límite. Yo creía firmemente que usted era al asesino de Jacques y de mi hermano. Cuando vine a París desde Gratignolles, reuní todos mis ahorros, unos diez mil francos, con el decidido propósito de vengar a René. Pero el dinero se ha ido en el alojamiento, comidas, transportes y consumiciones en los bistrots y tabernas que frecuenté desde que vine. Esta noche... Bien, sólo me quedaban doscientos cincuenta francos, pero gasté la mayor parte en taxis. Le seguí a través de la ciudad ayer y descubrí su domicilio. No podía seguir por más tiempo en París, pues había agotado mi dinero...

—Y decidió que lo último que haría en este mundo sería matarme, ¿verdad? —planteé.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Sí. Era lo último que pensaba hacer.

—Y estuvo a punto de asesinar a un inocente —dije, con reproche—. De no ser porque mi cuello está muy musculoso y su golpe no me alcanzó de lleno, yo estaría ahora listo para un cajón frigorífico de la Morgue.

Sus facciones palidecieron aún más.

—Lo siento —murmuró, abatida.

Pero enseguida se irguió con admirable entereza.

—=Sin embargo, aún me pesa más haber fracasado —confesó con cruda sinceridad—. No tengo más solución que regresar a Gratignolles con el peso de mi frustración a cuestas. Eso o...

—¿O qué? —inquirí con interés.

—Bueno, la dueña de la pensión donde me alojo me hizo ayer una proposición clarísima: alojamiento y comida gratis, además de cien francos diarios. A cambio, sólo debía permitir que algunos de sus clientes masculinos tuviesen acceso fácil a mi habitación —relató con amargura.

—¿Sería capaz de prostituirse... sólo por culminar su venganza? —pregunté, súbitamente furioso.

—No lo sé. Tal vez sí —alzó su mirada y la posó en mí—.

Quizá entendería mi postura si hubiera visto el rostro carbonizado de

mi hermano.

No supe qué responder, pues experimentaba una ira sorda que me recomía interiormente.

Marie-Louise se incorporó lentamente.

Se palpó con cuidado el cráneo, disimuló un gesto de dolor y me tendió una mano.

—¿Quiere darme mi pistola y mi cartera? —pidió humildemente.

Moví la cabeza en sentido negativo.

—¿Adónde irá?

—Volveré a mi pensión. Durante la noche tendré tiempo suficiente para llegar a la determinación que sea —respondió—. De veras, señor Jordan: lamento haberme equivocado con usted. Le pido excusas. Y ahora, por favor, déme mis cosas.

Volví a negar tozudamente.

—No permitiré que se degrade, Marie-Louise —pronuncié con lentitud para disimular mi emoción interior—. Quédese aquí por el momento. ¡Oh, no tiene nada que temer! Por fortuna, este apartamento cuenta con dos alcobas. Le daré un duplicado de la llave y podrá entrar y salir cuando quiera. No pienso exigirle nada a cambio. ¿Acepta?

Vaciló. Luego se dejó caer lentamente sobre el diván y exhaló un suspiro.

Capítulo VIII

TRAJE una botella de coñac y serví dos razonables dosis en las copas. Al ofrecer a Marie-Louise la suya, su mano rozó la mía. La suya estaba yerta de frío.

—Beba —la animé—. El coñac le hará entrar en calor.

Fui a conectar la calefacción y volví minutos después. Ella aún no había probado el coñac.

—¿No le gusta? —pregunté.

—No puedo beberlo... ahora —respondió, temblorosos los carnosos y húmedos labios.

—Pero ¿por qué?

Me costó gran esfuerzo averiguar que llevaba todo el día sin comer. Había reservado sus últimos francos para la venganza.

—Espera un momento —dije tuteándola inconscientemente—. Prepararé una cena como es debido. Pero antes déjame ver.

Palpé sus brillantes cabellos rojos con exquisito cuidado. Mis dedos palparon un abultado chichón en su parietal izquierdo, lo que me obligó a dar un respingo de alarma.

—¡Dios mío! —exclamé, contrito—. Debió ocurrir cuando abrí la portezuela en la oscuridad. Me siento culpable: pude fracturarte el cráneo.

Me sorprendió su alegre carcajada. La miré y quedé hechizado contemplando aquel rostro sonriente: se diría que las luces brillaban con un resplandor cegador, tan bella era aquella mujer cuando sonreía.

—Somos un par de fogosos y atolondradas criaturas —comenté, de buen humor—. Somos demasiado peligrosos: estuvimos a punto de matarnos mutuamente... por error.

—Olvidémoslo —propuse—. Y ahora, deja que me ocupe de ti.

Traje del cuarto de baño un estuche-botiquín y me esmeré en reparar los desperfectos que yo mismo había causado en la cabeza y en el rostro de aquella preciosa criatura.

—¿Qué tal? —exclamé, cuando hube terminado la cura.

Una sonrisa deslumbrante compensó mis humildes desvelos.

—Admirable —respondió ella. Y me miró las manos, que examinó con infantil atención—. Es curioso.

—¿Qué?

—Tus manos. Tan duras, fuertes y curtidas... Y sin embargo, tan suaves y tiernas para reparar heridas —dijo.

Impulsivamente, las alzó y besó mis dedos.

Una emoción poderosa, aunque indefinible, recorrió mi epidermis. Ella estaba mirándome afectuosamente... ¿Quién podría resistirlo? Me incliné y besé sus labios con cuidado, procurando no lastimarla. Y su boca se plegó, mimosa, a mi caricia.

Me separé con cierta brusquedad.

—¡Increíble! —exclamé, para disimular mi turbación—. Tan pronto estamos luchando a muerte como hacemos una tregua para acariciarnos con la mayor devoción del mundo. ¿Qué especie de raras criaturas somos tú y yo, Marie-Louise?

—Sencillamente, un hombre y una mujer con exceso de temperamento. O quizá simples criaturas vulgares, normales, sujetas a los sentimientos más violentos y más tiernos, a un tiempo —respondió con entrañable dulzura.

—Ven —dije, tomándola por una mano—. Es posible que además de destrozar laringes sepas desenvolverte en una cocina. Me ayudarás a preparar el menú.

La arrastré entusiasmado hasta la cocina. En menos de diez minutos habíamos preparado una succulenta cena a base de boullabaisse, codornices en salsa, espárragos a la crème, salmonetes y una espléndida macedonia de frutas, obra exclusiva de mi reciente camarada.

La calefacción había templado agradablemente el ambiente, por lo que decidimos dar cuenta de aquel festín en la mesa de la cocina.

Abrí una botella de Château Noir 1968, llené las copas, ofrecí una a Marie-Louise y, sin disimular mi emoción, brindé:

—Por nosotros, chérie. Y por la Fortuna, que nos ha impedido cometer, recíprocamente, algún error difícil de enderezar.

—Por ti, Ken Jordan —murmuró ella con voz cálida. Y añadió, ruborosa—: ¿Sabes? Celebro íntimamente que no fueras el asesino que yo buscaba. Me gustas desde que te vi aquella tarde lluviosa en la rué Llobard. Y pensé: Lástima que deba matarle.

Dejó la copa encima de la mesa, vino hacia mí y acarició mis mejillas con delicadeza. Nos miramos a los ojos durante largo rato y creo que nos sentimos agitados por una intensa emoción. Al menos, mi mano tembló tanto que el contenido de la copa se derramó tontamente.

Marie-Louise me besó apresuradamente y dejó escapar una risita.

—¡No importa, volveré a llenar tu copa! —exclamó. Y mí sirvió vino de nuevo.

Fue una cena muy agradable y bebimos de lo lindo.

Ella aprecia muy recuperada e incluso daba muestras de una excitación intensa. Llenaba a cada momento las copas y bebía el vino

como si fuera agua, por lo que hube de descorchar otra botella.

—Apenas has comido —le reproché—. ¡Y decías que tenías tanta hambre...!

Me envolvió en una sonrisa llena de ternura.

—Debo controlar mi glotonería o perdería la línea —bromeó. Y acompañó las palabras con un gesto que me enardecíó: se había despojado de la cazadora y deslizó sus finas manos a lo largo de sus redondas caderas. Era maravillosa, desde sus rutilantes cabellos rojos hasta sus menudos pies, pasando por el largo y delicioso cuello, los altos y redondos senos que ceñía un suéter celeste y sus largas y bien formadas piernas.

Recogimos apresuradamente la vajilla y propuse que fuéramos a fumar y ver la televisión al cuarto de estar.

Abrí la botella de coñac, serví el licor en dos copas y me senté junto a Marie-Louise.

En la televisión pasaban una vieja película de Lino Ventura. El filme era una crónica «negra», del género que se puso de moda en Francia allá por los años sesenta.

En una de las secuencias de la película, Lino Ventura abofeteaba duramente a una preciosa rubia vestida con roja falda de cuero y un suéter muy ceñido. Con el mejor estilo de los bajos fondos de París, Ventura miraba con infinito desprecio a la rubia y le arrojaba a la cara:

—¡Perra! Me hiciste creer que eras una mujer decente, te traté como a lo más puro de mi vida, incluso fui a la cárcel por ti... Pero ahora sé exactamente quién eres: una sucia zorra que vende sus caricias por un puñado de francos...

Miré de reojo a Marie-Louise y me sorprendí al ver sus ojos brillantes y el rictus trágico que estiraba sus bellas facciones.

—¡Tonta! —exclamé, acariciándole la barbilla—. ¡Sólo es una película!

Una débil sonrisa distendió sus labios. Oprimí sus manos y encendí un cigarrillo que puse en sus labios.

De todas formas, no dedicamos apenas atención a la película de Lino Ventura. Yo me sentía mucho más atraído en la contemplación de la guapa muchacha que tenía a mi lado.

Charlamos durante largo rato. Le pregunté detalles de su vida en Gratignolles, de su familia y de su labor como profesora.

Me contó, sin poner gran énfasis, una historia triste y entrañable. Su padre, que era obrero ferroviario, murió durante la Segunda Guerra Mundial.

—Los alemanes le reclutaron para conducir un convoy hacia Alemania. Era— un inmenso tren cargado con una gran parte de las riquezas artísticas que los nazis nos arrebataron. Papá era fogonero y un

verdadero patriota. Tras cruzar la frontera, unos partisanos franceses subieron al tren durante la noche. Eran cinco hombres, tres de los cuales habían sido heridos de gravedad y necesitaban asistencia. Entre mi padre y el maquinista, ayudaron a aquellos infelices a esconderse bajo el carbón que llevaba el ténider. Confiaban en volver pronto a Francia, donde los hombres de la resistencia recibirían asistencia médica con urgencia. Pero en la estación de destino los de las SS subieron a la locomotora y lo registraron todo minuciosamente...

Por supuesto, hallaron a los partisanos, uno de los cuales disparó, desesperado, contra los nazis, matando a dos de ellos.

—Mi padre y el maquinista fueron declarados cómplices y encubridores y enviados al campo de concentración de Dachau. Jamás salieron de allí. Ni siquiera tuvimos el consuelo de recibir noticias tuyas —relató Marie-Louise.

Besé sus cabellos emocionado, precisamente allí donde el chichón iba desapareciendo lentamente.

—Mi madre percibía una pensión, pero era insuficiente. Tuve que trabajar en una fábrica de hilaturas durante cuatro años, pero mamá se empeñó en que estudiara. Teníamos que ocuparnos también de René, que era un muchacho extraño. Poco después de que yo terminara mi carrera, René huyó de casa. Supimos que estaba en París y mamá vino aquí y trató de convencerle de que volviera a casa. No sé cuáles fueron los argumentos de mi hermano, pero mamá regresó a casa y no volvió a hablar de René. Sé que fue un duro golpe para ella. En realidad, no llegó a recuperarse, pues murió unos meses más tarde. René vino al funeral. Había adquirido una lujosa vestimenta, pero comprendí la verdad: era un invertido. De todas formas, no le reproché nunca que eligiese su camino. Seguía siendo mi hermano y nos comunicábamos a menudo. Y por fin...

La noticia le llegó a través de un periódico. El cadáver de René había sido hallado por unos traperos en el basurero de Beau-Le Medecin.

—El resto, ya lo sabes. Pedí un mes de licencia a la inspección de enseñanza, saqué mis escasos ahorros del banco y me vine a París. Ahora... verdaderamente no sé qué camino tomar —declaró, desconcertada.

—Déjalo todo en mis manos —le dije—. Verdaderamente, lo que te proponías era una locura, Marie-Louise. Seguir la pista de unos sádicos asesinos no es trabajo adecuado para una mujer. Confía en mí: estoy seguro de llegar al final del asunto.

—Pero ¿cómo? —inquirió con ansiedad—, ¿Es que obtuviste de La Rose alguna información interesante?

Estaba dispuesto a contarle cuanto sabía, pero en el último momento me arrepentí. Y lo hice por su seguridad: ella era demasiado fogosa y si

yo la ponía tras una pista concreta, mucho me temía que Marie-Louise acabaría complicándose terriblemente la existencia.

—Dudo mucho que Marc-Antoine supiera algo importante. De todas formas, me dio a entender que no se fiaba de mí —mentí sin remordimientos—. Mañana volveré a La Gaie France. La tenacidad siempre obtiene algún fruto. Esa gente, los mariquitas, está asustada, pero alguno de ellos acabará perdiendo los nervios y hablará.

—Pero... no podré permanecer inactiva, Ken —invocó, inquieta—. Además... no sería honesto abusar de tu hospitalidad. No tengo con qué pagarte.

—Ni es necesario. Yo indagaré por ahí. Tú te quedarás aquí. ¿Me lo prometes?

Accedió a regañadientes.

Cuando terminó la retransmisión de televisión consulté mi reloj y exclamé, asombrado:

—¡Es tardísimo! La una y media ya... El tiempo ha pasado volando. Debe ser tu compañía, chérie.

—¿Tan tarde? Tienes razón: el tiempo ha transcurrido veloz.

—Vayámonos a la cama. Yo prefiero madrugar —dije. Y me puse en pie—: Por cierto, estoy pensando que no dispones de ropa para dormir. ¿Podrás arreglarte con uno de mis pijamas?

—¿Por qué no? Y ¿sabes? Estoy segura de que dormiré muy bien abrigada con tu ropa. De todas formas, mañana volveré a casa de madame Scheffe y recogeré mis cosas.

—¿Quieres que recoja yo tus maletas? No me costará ningún esfuerzo. Basta con que me des la dirección.

—¡Oh no, no querido Ken! Ya te has molestado bastante por mí. Además... tú tienes otras cosas que hacer. Yo me ocuparé de eso.

—Como quieras —respondí. Y fui al dormitorio a por el pijama.

Mostré su dormitorio a Marie-Louise y ella comenzó a recogerse el suéter hacia arriba sin reparar en que yo permanecía apoyado en el marco de la puerta.

Se volvió, me vio y exhaló un gritito, bajando inmediatamente el jersey sobre su vientre. Sus mejillas se cubrieron de un delicioso rubor. Por mi parte, aquel leve e íntimo ademán de ir a desnudarse, provocó una oleada de calor a lo largo de mi cuerpo.

Con una cierta intranquilidad, me di cuenta en aquel instante de que deseaba intensamente a aquella hermosa muchacha. Sin embargo, no hubiera sido honesto aprovecharme de las circunstancias, por lo que murmuré un apresurado «buenas noches» y me dirigí a mi dormitorio.

Tres minutos después me introducía entre las tibias sábanas. Me disponía a apagar la luz, cuando escuché unos golpecitos dados a mi puerta.

—¿Ken?

La cabeza de mademoiselle Blavier, enmarcada en sus rutilantes cabellos tan rojos como una llamarada, apareció a través de la rendija de la puerta.

—Disculpame —murmuró, tímidamente—. Pero es que ¿sabes? tengo la viciosa costumbre de fumarme un cigarrillo en la cama y los míos se han terminado. ¿Puedes ofrecerme uno de los tuyos?

La invité a entrar con un gesto y ella penetró caminando graciosamente de puntillas, descalza.

Mi pijama le venía un poco ancho, pero bajo la tela sedosa los pezones de sus senos dibujaban dos agresivos puntos. Vino corriendo en una corta carrerita y sus pechos bailaron enloquecedoramente al compás del movimiento, lo que provocó un considerable aumento en mi presión sanguínea.

Incapaz de pronunciar una palabra, observé cómo Marie— Louise se sentaba en el borde de mi cama, cogía mi paquete de cigarrillos, se ponía uno en sus labios y aplicaba al pitillo la llama de mi mechero.

Un ligero escalofrío la estremeció.

—Pronto nevará, ¿verdad? —dijo. Y lanzó un chorro de humo a las alturas. Al erguirse, sus senos se mostraron agresivos bajo la fina tela del pijama.

Sin que pudiera controlarlos, los dedos de mi mano derecha avanzaron y acariciaron su cintura.

Marie-Louise lanzó una risita descontrolada.

—Es que ¿sabes? me haces cosquillas —susurró, volviéndose hacia mí ingenuamente.

Había olvidado abrochar los tres últimos botones del pijama y aquel pequeño detalle me perdió. Porque vi su vientre liso y satinado y no pude sustraerme a la tentación de acariciar su tibia piel.

Alcé los ojos y la miré. Ella no parecía sorprendida ni disgustada. En sus ojos violeta había confianza y comprensión.

—Sé lo que sientes, *mon cher* Ken, porque yo también experimento el mismo deseo —dijo, con una franqueza desacostumbrada—. Pero era necesario que tú dieras el primer paso. Hubiera sido terrible que yo me hubiera tenido que insinuar, ¿no te parece?

Me incorporé despacio, tomé el cigarrillo de sus labios, le di un par de chupadas y lo aplasté en un cenicero de cristal que había en la mesilla. Luego separé las ropas de la cama, tomé a Marie-Louise por la cintura y la atraje hacia mí.

La sentí temblar entre mis brazos y la acogí tiernamente bajo las sábanas. La besé suavemente, para no herir su boca maquillada. Y ella se plegó a mis caricias rendidamente.

—¡Oh, Ken, Ken! —murmuró, sofocada—. ¡Y pensar que hace apenas

unas horas estaba decidida a matarte...!

—Calla, peligrosa karateca —respondí, mientras desabotonaba hábilmente su pijama. No tenía nada bajo las dos sucintas prendas y ello produjo en mí una fiebre de impaciencia. Pero me aguanté y comencé a acariciar con suavidad los duros pezones de sus pechos, entrañablemente tibios.

Pude percibir al tacto las oleadas de placer que le provocaba aquel contacto. Y, enardecido, mis manos bajaron y acariciaron lentamente su vientre y sus redondos muslos. Y luego... Bueno, luego comprobé que el día había sido muy desagradable, pero la noche estaba convirtiéndose en la antesala del paraíso.

Capítulo IX

MARC-ANTOINE Roche se encogió sobre la alfombra cuando escuchó el rumor de aquellos zapatos que hacían crujir tenuemente los fragmentos de vidrio que llenaban el parquet.

La ancha silueta se inclinó sobre él y de nuevo percibió aquel penetrante y desagradable olor a menta.

Un rostro cuadrado se inclinó sobre él. Vaharadas de mentol acariciaron su rostro.

—Vamos, pequeño: revienta de una vez —gruñó el hombre, con voz falsamente amable—, ¿Dónde escondiste lo que te entregó tu amiguito?

Con un tirón salvaje, el hombre que se inclinaba en cuclillas sobre Marc-Antoine arrancó la ancha cinta de esparadrapo que cerraba sus labios.

—¡Habla, madrecita! —gritó aquel individuo, perdida la compostura.

Marc-Antoine movió los labios como si quisiera decir algo, pero el pánico que le invadía le impidió exhalar un solo sonido articulado. El tipo que mascaba continuamente aquellos insoportables chicles de menta, se incorporó bruscamente y le golpeó de un violento patadón en el costado.

Chilló, sí; chilló ahora como una rata herida. Y el hombre que estaba martirizándole volvió a agacharse y le arrojó nuevamente una vaharada de mentol al rostro.

—¡Habla, madrecita, habla! —gruñó, malhumorado.

Pero La Rose no podía hablar. Le había ocurrido otras veces, cuando el pavor se apoderaba de él. Entonces le asaltaba la histeria y era incapaz de pronunciar una sola palabra, aunque se ahogase.

Marc-Antoine quería hablar, deseaba hacerlo desesperadamente. Aunque sabía que ya no había esperanzas para él.

Aquellos tipos, tres hombres fornidos y rudos que vestían gabardinas oscuras, calzaban inmensos zapatones con piso de gruesa goma y se cubrían la cabeza con sombreros flexibles de color gris, ni siquiera se habían molestado en cubrirse los rostros con unos pañuelos.

Aquello era ya una señal de mal augurio. Si no se tomaban la molestia de tapar sus facciones, ello sólo podía significar que no temían que el dueño del palacete de dos plantas de la rué Flaubert pudiera reconocerles. Quizá porque jamás tendría tal oportunidad.

Además, estaba aquel otro aroma penetrante que la nariz, tan sensible, de Marc-Antoine comenzaba a percibir en aquel momento: gasolina.

Se había confiado, ésa era la cuestión. Si hubiera tomado unas mínimas precauciones desde el momento que oyó aquel sospechoso tintineo de cristales en la planta inferior...

Había despertado bruscamente al escuchar aquel sonido distante. Al principio, ni siquiera fue capaz de identificarlo.

Pero, erguido sobre el lecho y percibiendo el alocado ritmo de su corazón, había aguardado unos segundos. Y enseguida escuchó por segunda vez el rumor de los cristales rotos. En aquel momento, debió saltar del lecho, descolgar el teléfono y marcar sin pérdida de tiempo el número de la policía.

Pero no estaba seguro de que el tintineo de cristales hubiera sonado en realidad. Sabía que había soñado con Jacques, que había gozado de unas visiones oníricas placenteras y todavía —afectado por el sopor del sueño— no sabía establecer si había escuchado realmente aquel sonido o se trataba de un efecto propio de la ensoñación.

Así que, desconcertado e indeciso, permaneció unos minutos inmóvil, sentado sobre el lecho.

Además, reflexionando fríamente, no tenía por qué experimentar ningún temor inmediato. Sabía que en la calle, varios agentes de policía se turnaban dentro de un automóvil para vigilar su casa, que no tenía otro acceso, aparte de la entrada por la rué Flaubert.

Sólo que... mientras trataba de tranquilizarse a sí mismo con aquellas razones, la puerta de caoba de su dormitorio pareció estallar de improviso. Y realmente así fue, porque las dos hojas se abrieron de repente y por el aire volaron las astillas.

Fue incapaz de reaccionar, le pillaron como un pajarito. Y es que el pánico latía desde mucho antes en su corazón. Y cuando Marc-Antoine Roche, apodado La Rose se sentía invadido por el miedo, se convertía en un ser débil, inerme, indefenso.

Los tres hombres penetraron súbitamente en el regio y amplio dormitorio. Uno de ellos palpó el muro y encendió la fastuosa araña de cristal que pendía del techo. Otro avanzó hacia el lecho y se lanzó sobre él, acogotándole fácilmente.

—Ni un solo grito, madrecita —susurró aquel tipo—. O te romperé el cuello antes de que puedas abrir los labios.

Inútil advertencia, porque Marc-Antoine estaba a punto de dejarse dominar por la histeria. Y en tal situación, le era absolutamente imposible pronunciar una palabra.

Luego, con los ojos desorbitados, vio avanzar al hombretón que acababa de encender la araña. Le reconoció, sí, identificó aquellas

facciones duras y cínicas, vio brillar los ojos oscuros del corso y comprendió que estaba perdido. Porque Jean Carabone sólo se hacía visible minutos antes de cometerse un asesinato.

—Ablandadle un poco —oyó la ruda voz del corso.

Dos «gorilas» se abalanzaron sobre él y comenzaron a golpearle con saña, después de adaptar en sus manos las manijas de acero. Golpeaban contundentemente, alternando los golpes, ferozmente dirigidos a los lugares más sensibles de aquel hombrecillo delgado e inofensivo. Le castigaban sistemáticamente, sin fatigarse demasiado, sin apresurarse, con orden y ritmo.

Carabone contemplaba, pasmado de asombro, a Marc-Antoine, que poco a poco iba convirtiéndose en un pingajo informe entre los puños de los rudos hombretones del clan.

Carabone no podía comprender por qué aquel desgraciado no se quejaba, no entendía la oculta energía que albergaba aquel cuerpo feble, la increíble facultad que poseía La Rose para aguantar estoicamente el cruel castigo, sin exhalar una sola queja.

Y La Rose no se quejaba, sencillamente, porque no podía. La histeria le provocaba una especie de epilepsia expectante, inmovilizaba su sistema respiratorio y amordazaba su garganta.

—Es bastante, dejadle —dijo Carabone, al cabo de cinco minutos exactos—. Es suficiente. Si seguís ablandándole, ese pajarito se os quedará entre las manos,

¡Cuánta crueldad rezumaban aquellas rudas palabras...!

Pero Marc-Antoine ni siquiera podía percibir los sarcásticos comentarios de sus verdugos. Yacía sobre el lecho, arrojando chorros de sangre por la boca y la nariz.

Alguien derramó sobre él un cubo de agua helada. ¿O no era agua? De todas formas, un escalofrío intenso recogió su cuerpo torturado.

—Esto no es una visita de cortesía —oyó la voz de Carabone, más fría aún que el agua helada que habían derramado sobre él para reanimarle—. Hemos venido aquí para charlar brevemente sobre tu amiguito Jacques le Pique. Sabemos que él te visitó hace poco más de dos semanas. Traía una bolsa de deporte, roja. Y tenemos entendido que Le Pique te la entregó a ti. Yo tengo algún interés en echarle una ojeada a esa bolsa. Dime dónde la tiene y nos marcharemos.

Aferró a Marc-Antoine por el empapado pijama de seda natural y le obligó a volverse de un brutal tirón.

—Pero ¿qué diablos te ocurre? —se enfureció, el corso, el ver gesticular desmañadamente a su víctima—. ¡Habla de una maldita vez, mujercita!

Pero La Rose se ahogaba, impotente para estallar en gritos que explicasen a aquellos energúmenos que la bolsa que buscaban estaba en

una taquilla de la consigna de la Gare de Lyon.

Por supuesto, que Marc-Antoine les hubiera entregado aquella bolsa. Se hubiera desprendido de cualquier cosa con tal de poner fin a aquel suplicio. Porque temía la violencia, enfermaba sólo con que alguien le amenazara con un puño cerrado.

Carabone le agarró por el pecho y de un descomunal tirón le arrojó dando volteretas sobre la alfombra.

—Buscad por todas partes —masculló el corso—. Destrozadlo todo, descerrajad los muebles, pulverizarlo todo, pero encontradme esa bolsa roja.

Inmediatamente estalló el estrépito de cristales rotos, preciosos muebles convertidos en astillas a patadas y las maldiciones que brotaban de las gargantas de aquellos intrusos.

Transcurrieron diez minutos. Marc-Antoine jadeaba en el suelo como un pececillo fuera del agua.

—Nada. Ni rastro de esa condenada bolsa —dijo alguien.

—¡Inútiles, malditos inútiles! —bramaba Carabone, rojo de cólera—, ¡Id a la planta baja! ¡Buscad incluso en la taza del retrete, estúpidos!

Y él mismo recorrió las hojas correderas de un ropero y comenzó arrojar al suelo las piezas del suntuoso vestuario profesional de La Rose.

Pero ¿y la policía?

—*Mon Dieu*, ¿dónde está la policía? —se desesperaba Marc-Antoine, retorciéndose sobre la alfombra.

¿Era posible que los agentes de vigilancia no hubieran detectado la presencia de aquellos malhechores, su irrupción subrepticia en el palacete? ¿Era humanamente inteligible que los «tlics» no escuchasen el estrépito que armaban los «gorilas» del clan de los corsos?

—Tienes que hablar, madrecita. No podemos perder el tiempo de esta forma —oyó la voz de Carabone.

El gángster se inclinó sobre él. Tenía un habano entre los dientes lobunos y le arrojaba al rostro una tufarada de humo acre y picante. Y luego, con perversa lentitud tomó el cigarro con su mano derecha y aproximó la roja brasa al vientre de Marc-Antoine.

Entonces sí. Un chillido penetrante brotó de sus yertos labios.

—Vaya, parece que no eres tan insensible al fuego, ¿eh, madrecita?

El rostro de Carabone desapareció de su radio de visión. Pero enseguida aparecieron sus manazas, que apretaron un gran pedazo de esparadrapo sobre los labios reventados de Marc-Antoine.

Y la brasa del habano volvió a brillar ante los ojos desorbitados de La Rose y se abatió sobre su frente, obligándole a retorcerse de dolor.

—¡Habla, madrecita, habla!

Pero La Rose se encogía sobre sí mismo como una lombriz y el cigarro iba quemando inexorablemente sus mejillas, su cuello, las orejas,

los párpados...

Marc-Antoine sabía que no había esperanzas para él. En consecuencia, sólo deseaba morir. Acabar cuanto antes.

Pero la brasa del cigarro le perseguía cruelmente. Y la voz áspera del corso repetía como un sonsonete:

—¡Habla, madrecita, habla!

Marc-Antoine se movía ya muy débilmente. Las quemaduras habían formado gruesas ampollas en su piel y ya apenas percibía el cruento castigo.

Llegaron los otros de abajo y Carabone tiró el cigarro.

—¿Qué?

—Nada.

Carabone rechinó los dientes. Luego sacó un chicle de menta, desprendió cuidadosamente la envoltura y se lo llevó a la boca.

—¡Tienes que hablar, maricón! ¡No puedes hacerme esta faena! —gritaba enfurecido. Y sus puntapiés golpeaban los costados de La Rose, que ni siquiera se encogió cuando sus costillas crujieron al romperse.

—¿Qué hacemos? Los bidones de gasolina están aquí, como pediste.

—Regad bien todo lo que sea combustible. Y empapad bien la cama de este mariquita —respondió Carabone.

El penetrante olor de la gasolina se mezcló con el de la menta que masticaba ferozmente el jefe del clan de los corsos.

—Ya está.

—Llevalle a la cama.

Tomaron por brazos y piernas a La Rose y le depositaron en su lecho, chorreante de agua y gasolina.

Carabone se separó unos pasos, pero aún volvió, esperanzado, al borde del ancho lecho en el centro del cual desaparecía el cuerpecillo de Marc-Antoine la Rose.

—Por última vez, madrecita. Dime dónde está la bolsa roja —exigió.

Marc-Antoine se movió un poco y le miró a través de una estrecha rendija abierta en sus párpados hinchados y horriblemente cubiertos de ampollas. Movié los brazos como una avecilla, se agitó, produjo un murmullo apenas audible...

—Prendedle fuego y daos prisa. Ese «poli» al que metimos en el maletero de su coche podría despertar y dar la alarma. *Vite, vite!* —gruñó Carabone. Y se alejó hacia la puerta.

Surgió una llamarada y dos sombras se alejaron veloces.

Los criminales no habían reparado en llegar al límite de lo humanamente comprensible. Pero sí esperaban que su víctima sufriese una lenta y horrible agonía se equivocaron. Porque en cuanto percibió la gran llamarada deflagrante, el corazón de Marc-Antoine la Rose se

detuvo.

Ya estaba muerto cuando las llamas lamieron el borde del lecho, que inmediatamente se convirtió en una pira funeraria...

Capítulo X

VOLVÍ a casa a la hora del almuerzo. Aunque tenía en mi bolsillo la llave de mi apartamento, pulsé el timbre. ¿Por qué? Sencillamente, me hacía ilusión que Marie-Louise viniera a recibirme.

Oí sus pasos quedos y la puerta se abrió. Apareció Marie— Louise, que tenía un aspecto magnífico con su roja cabellera bien peinada, los ojos brillantes, un delantal de cocina a la cintura y un entrañable aroma a cebolla recién cortada. Observé que la hinchazón de su nariz había decrecido hasta casi desaparecer y también el hematoma de su labio superior se había esfumado.

La besé fugazmente en cuanto cerramos la puerta. Enseguida escuché el reproche que esperaba oír.

—No estuvo bien, Ken. ¿Por qué no me despertaste antes de marcharte?

—Me dio pena. ¡Estabas profundamente dormida! Y, por otra parte, tuvimos una noche muy agitada —respondí con una sonrisa.

—No debía perdonártelo, pero seré benévola por esta vez —dijo, tomándome por un brazo—. Te he preparado un plato especial. *Bistecs a la sause verte*. ¿Te gustan?

Tuvo que repetirme por tres veces aquella pregunta, porque yo estaba distraído.

—Pero ¿qué te pasa, Ken? No tienes muy buena cara —comentó, tras escrutar con avidez mi semblante.

Por toda respuesta, arrojé sobre la mesa el periódico en cuya primera página se informaba ampliamente sobre el suceso de la rué Flaubert.

—Se han deshecho de Marc-Antoine la Rose —dije con tristeza—. Está claro que guardaba algo importante, algo que se reservó para sí. Y ello le ha costado la vida.

Marie-Louise echó una rápida y ávida mirada al periódico y se volvió hacia mí. Sus labios temblaron ligeramente antes de hablar.

—¡Es horrible, Ken! —musitó—. ¡Pobre diablo...!

Tragué saliva. Sí, como acababa de decir Marie-Louise, «pobre diablo». La vida de Marc-Antoine no debía haber sido un sendero de rosas, pero su muerte había sido espeluznante.

Según el periódico, el palacete de la rué Flaubert había comenzado a arder a las cuatro de la madrugada. La sospecha de que el incendio fuera

provocado se afirmó a medida que los bomberos lucharon impotentes contra las enormes llamaradas que brotaban de las ventanas y balcones. «Un incendio tan rápido y voraz que destruyó todos los muebles y enseres apenas en cuarenta minutos», había declarado el jefe de bomberos.

Una parte del edificio se había derrumbado, debilitados los muros por la altísima temperatura.

Hacia las seis de la madrugada, los bomberos pudieron penetrar entre los escombros. Dentro de aquellos muros ennegrecidos, sólo pudieron hallar un esqueleto calcinado, que el forense pudo identificar fácilmente gracias a la prótesis dental que fue hallada en la dentadura del cadáver: se trataba de Marc-Antoine Roche.

Había una declaración de un policía llamado Basine: se encontraba dentro de su automóvil vigilando el domicilio de La Rose, cuando un borracho se le acercó para pedirle fuego para su cigarrillo. Cuando Basine bajó el cristal de la ventanilla, el beodo puso ante su rostro un pequeño spray lacrimógeno, con el que le roció, cegándole. Debieron golpearle en el cráneo contundentemente, porque Basine había permanecido inconsciente por espacio de una hora en el interior de su maletero, donde le habían introducido tras de atacarle. Al volver en sí, gritó con todas sus fuerzas y los bomberos le rescataron de su encierro.

—Vamos, la mesa está puesta —dijo Marie-Louise, tocándome en el hombro.

Comimos en silencio. Marie-Louise me contemplaba a hurtadillas y comprendí que esperaba un cumplido por mi parte.

Ciertamente, la comida era muy buena y se lo dije, pero yo había perdido el apetito.

Pensaba, me esforzaba en hallar un lugar para cada pieza del rompecabezas que se planteaba a mi mente.

Poco a poco, una hipótesis fue perfilándose en mi cerebro, cada vez con mayor claridad. Cuando Marc-Antoine sufrió el primer asalto a su domicilio, no podía explicarse el objetivo de los vandálicos individuos que habían destrozado sus tesoros más preciados. Pero a la vista de los hechos, no era difícil deducir que los criminales buscaban algo de mucho valor o... muy comprometedor.

Mi idea era más o menos así: Jacques Bastide había regresado del Midi portando algo que comprometía gravemente a otras personas. ¿Qué personas? Yo no lo sabía aún, pero pensaba investigar al director de cine Gaston Darrangeis, para el cual según el infortunado La Rose— solía realizar Jacques determinados reportajes relacionados con el cine.

En París, Jacques se había reunido con Marc-Antoine, quien le había notado desacostumbradamente desasosegado y excitado. Su estado de ánimo podía interpretarse como el propio de la persona que guarda para

sí un secreto peligroso, algo que literalmente quemaba las manos.

Los asesinos que habían incendiado la casa de La Rose sabían que Jacques poseía aquel secreto. Por eso le habían matado practicándole aquel horrible «chaleco americano». También parecía muy probable que hubieran asaltado por dos veces la casa de La Rose en busca de aquel secreto «que quemaba». Y despechados al no hallar lo que buscaban, llegaron a una terrible determinación: regar la casa con abundante gasolina y prenderle fuego, con Marc-Antoine dentro.

Lo que tanto interesaba a los sicarios, no podía ser otra cosa que las cámaras y clisés que Jacques había encerrado en una taquilla de la consigna de la Gare de Lyon, la estación situada al Sur de París. Especialmente, los clisés.

¡Y yo había tenido al alcance de la mano la oportunidad de desvelar el codiciado secreto! Aquella tarde, cuando Marc-Antoine me hizo la revelación dentro de mi coche, debí animarle a recoger lo que Jacques había guardado tan celosamente. Pero, sencillamente, no me había atrevido a presionarle, temeroso de irrumpir en su intimidad.

Y ahora todo se había ido al diablo. Porque ¿cómo hallar una pequeña llavecita en un montón de ruinas? Y eso contando con que La Rose la hubiera escondido en algún lugar de su vivienda. De lo que estaba convencido era de que sus asesinos se habían marchado con las manos vacías.

Esa misma mañana, y después de leer la espeluznante noticia en el periódico, yo había empleado el tiempo en hacer algunas discretas averiguaciones respecto a Gaston Darrangeis. La información me fue prestada por un prestigioso crítico de cine. (No voy a mencionar aquí —por razones obvias— su nombre ni el del periódico para el cual trabaja habitualmente. Sólo diré que era un buen compañero y un hombre honesto, de reconocido prestigio en los medios profesionales.)

—¿Gastón Darrangeis? No se trata de lo que podría llamarse propiamente un director de cine —me dijo este periodista—, No es un artista, sino un tosco artesano que ha venido dedicándose desde hace unos diez años al «porno duro».

—Por lo que deduzco, Darrangeis no goza de buena fama entre sus colegas —comenté.

—Tú lo has dicho. Nadie le estima. Sus obras más destacadas son películas que tratan sobre sadismo, masoquismo y homosexualidad. En fin, cultiva el género cinematográfico más duro, el destinado a las salas «S». Sucio, pero rentable, ¿comprendes? Últimamente parece empeñado en borrar sus antecedentes, pues ha dirigido dos o tres filmes normales. Yo los he visto y puedo asegurar que Darrangeis no tiene ni puñetera idea de que el cine es el séptimo arte. ¡Puaff, una verdadera bazofia!

Así pues, lo que sabía ya acerca de Darrangeis me daba pie para

sospechar de él. Hice varias llamadas telefónicas tratando de localizarle, pero resultó imposible. En su domicilio una impersonal voz femenina me informó que el señor Darrangeis no estaba en casa y su secretaria —la persona de la voz seca y rígida— no estaba autorizada para dar cuenta de su paradero a ninguna persona.

Más tarde —poco antes de regresar a casa— llamé desde una cervecería de rué Chapón al bistrot La Gaie France y pregunté por Lucien, que se puso dos minutos después.

—*Ah, c'est le sympathique monsieur Jordan, n'est-ce pas?* —exclamó, untuosamente. Y añadió con menos alegría—: Supongo que conoce ya la luctuosa noticia. Me refiero a la lamentable desaparición de Marc-Antoine la Rose...

Contesté afirmativamente y expresé mi pesar por el horrible suceso.

—Lucien, quisiera hacerle algunas preguntas —dije, después.

—*Mais oui, monsieur Jordan.* Es decir, trataré de responderlas —contestó, más animado.

—Bien. ¿Ha oído mencionar alguna vez a Gaston Darrangeis?

—¿El director de cine? *Oh, la, la... Naturellement, monsieur.* Antes era un cliente asiduo de La Gaie France.

—¿Él también es... es...? —vacilé, no atreviéndome a pronunciar la palabra sarasa.

—Oh, no, no, monsieur —se apresuró a responder el delicado Lucien—. Es un hombre muy viril, muy atractivo. Tanto que muchos de nuestros clientes se prestaban a posar para él *gratuitement*.

—¿Quiere decir que Darrangeis reclutaba a los personajes de sus filmes en La Gaie France? —inquirí con avidez.

—*Mais oui, monsieur Jordan. Par exemple:* Jacques le Pique y René Blavier trabajaron para monsieur Darrangeis. Y otros muchos, entre ellos Eugene Bierzy. Este último acude frecuentemente a nuestro local, esperando que Darrangeis vuelva a contratarle —bajó el tono de su voz y susurró—: Entre nosotros, monsieur: sospecho que Bierzy está perdidamente enamorado de Gaston Darrangeis.

«*Oh, la, la!*», pensé para mí, satisfecho. Y advertí a Lucien —después de darle las gracias— que probablemente me dejaría caer por La Gaie France al atardecer.

—Será un placer, monsieur —respondió, con voz cálida.

Alcé la mirada del plato, que había despachado sin enterarme, y vi la expresión compungida de Marie-Louise.

—Ni siquiera has contestado a mis comentarios —me reprochó, con un mohín apenado—. Debes tener cosas más importantes que yo en tu pensamiento.

Sonreí forzosamente y la besé en la mejilla.

—Oh, lo siento. Es que... Bueno, no puedo dejar de pensar en la

muerte del infeliz Marc-Antoine. Sin embargo, me esforzaré en apartar ese asunto de mi cerebro. ¿Un poco de vino?

Llené las copas y bebimos. Para borrar aquella expresión triste de su rostro, bromeé con Marie-Louise hasta los postres y conseguí hacerla reír. Luego ella fue a hacer café a la cocina y yo comencé a retirar los platos. Mientras ella encendía el gas, llegué por detrás, apoyé mis manos en sus hombros y hundí mi rostro entre sus fragantes cabellos. Luego la mordisqueé en el cuello y en las orejitas.

—¡No, no, no, por favor! —gimió ella, encogiéndose entre mis brazos—. ¡Me estás haciendo cosquillas...!

Pero el contacto me había enfebrecido y yo me tornaba más y más audaz. Pasé las manos bajo el delantal y el suéter y «cacé» sus senos, libres bajo sus ropas. Mis dedos palparon sus firmes turgencias y luego descendieron hasta la suave tibieza del vientre.

—¡Por favor, por favor! —gemía ella—, ¡Déjame! ¡No puedo resistirlo!

La hice volver y la besé en los labios.

—No resistas —murmuré roncamente a su oído. Y nos fuimos a la cama con tanta urgencia que el café quedó abandonado en la cocina y no recordamos que el fuego estaba encendido, ni oímos los pitidos de aviso de la caletera, ni percibimos las tufaradas de aromático vapor que provenían de la cocina, ni tampoco oímos el humo que se expandía por el apartamento hasta... hasta que toda la casa estuvo llena de las acres tufaradas de café quemado que, finalmente, nos obligaron a toser y a poner remedio a la situación.

A las cinco de la tarde comenzó a nevar. Me estaba vistiendo una confortable trenka de cuero, cuando Marie-Louise prorrumpió en gritos exaltados.

—¡Ken, Ken! ¡Está nevando!

Corrí hacia el salón y ambos miramos a través de la gran cristallera de la terraza. Caía una gran nevada y la visión se había limitado a unos cincuenta metros. Más allá de la calle, la zona ajardinada anterior a la autopista de circunvalación comenzaba a cubrirse de blanco impecable. Los grandes copos descendían lentamente e iban a posarse en el césped y colgaban de las ramas de los abetos. Apenas discurrían vehículos por la autopista y todo estaba silencioso, como si todo el mundo hubiera callado, absorto, para contemplar aquella maravilla.

Marie-Louise se volvió hacia mí de improviso y posó sus bonitas manos sobre las solapas de mi trenka.

—¡No te vayas, quédate conmigo! —imploró fervientemente.

Estuve a punto de acceder, pero al cabo de un instante respondí:

—Me encantaría, pero no puedo. Recuerda nuestra misión.

—Está bien —se resignó—, pero no tardes en mucho en volver.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú?

—Me quedaré aquí un rato, viendo cómo cae la nieve. Y luego pediré un taxi. Iré a recoger mis maletas a la pensión Scheffe y regresaré enseguida —respondió.

Introduje mi mano en el bolsillo interior de mi trenka, saqué el billeteo y separé cinco billetes de cien francos, que puse en su mano.

—¡Oh, no, no; de ninguna manera! Aún me quedan algo más de cien francos. Suficiente para el taxi —protestó.

Pero yo insistí en que tomase el dinero.

—Yo soy el patrón, recuérdalo. Además, tendrás que hacer algunas compras para reponer nuestras provisiones —dije—. Compra cuanto consideres necesario.

Sonrió y me besó.

—Está bien. No tardes.

Me despedí y bajé al garaje. Un momento después rodaba a poca velocidad hacia la autopista. El tráfico era muy escaso y los vehículos circulaban con precauciones, aunque la nieve se negaba a cuajar sobre el asfalto.

A las cinco y media encontré un hueco donde aparcar y me dirigí a La Gaie France. Una veintena de gaisse distribuían a lo largo de la barra o ocupaban los veladores de mármol adosados al ventanal. La luz diurna era muy escasa, pues seguía nevando abundantemente, y todas las luces del local estaban encendidas.

Como siempre, Lucien se hallaba en el extremo más alejado de la barra y caminé hacia allá, pues deseaba que me atendiese él, aunque otros dos jóvenes camareros se afanaban de un extremo a otro del largo mostrador.

—*Ah, bon soir, monsieur Jordan* —me saludó Lucien, solícito. Y señaló la calle a través de los cristales: los copos se posaban vertiginosamente sobre el marco de la cristalera—. *La neige. Vraiment, c'est merveilleuse, n'est-ce pas?*

—Maravilloso, si —asentí. Y me estremecí con un leve espasmo friolero—. Pero condenadamente incómodo: hoy hace mucho frío.

Le pedí un café-crème y un doble de coñac.

—Tome algo, Lucien —le animé—. Le invito.

—*Oh, bien sur, monsieur Jordan. Merci.* Y tiene razón: hace mucho frío —respondió—. Tomaré un Pernod a su salud.

La Gaie France era un viejo café sin grandes comodidades, propiedad de un coronel retirado. El militar no debía ser muy espléndido, a pesar de que el negocio era rentable: la calefacción se limitaba a dos calefactores de pantalla colgados de la pared, que permitían estoicamente que los pies de los clientes quedasen yertos de frío.

Lucien volvió con el café y el coñac. Paladeé el aromático y ardiente

rebaje, alternándolo con pequeños sorbos de coñac. Un momento después, mi sangre entraba en reacción y me olvidé del frío.

Mientras encendía un Dunhill, me volví para contemplar la nevada, pero inmediatamente mi atención se concentró en el grupo de gays que se reunían en apretado corro alrededor de una mesa situada en un discreto rincón.

Era una docena de personas que vestían disparatados atuendos multicolores y se inclinaban sobre la mesa y cuchicheaban en actitud confidencial. Me esforcé en escuchar su conversación, pero hablaban en voz muy baja y susurrante y no pude cazar ni una sola palabra.

—¿Qué hacen, quiénes son? —pregunté discretamente a Lucien, que bebía pequeños y continuos sorbos de su doble de Pernod.

—Es un grupo del teatro Gay de Aubervilliers. Creo que se han reunido para fundar una asociación gay de autoprotección. Son personas cultas y entre ellos hay algunos intelectuales y artistas notables —respondió.

—¿Una asociación para autoprotegerse?

—Así es, monsieur. En las actuales condiciones —miró furtivamente a izquierda y derecha—, lo más razonable es unirse contra el peligro. Es muy posible que reúnan el dinero suficiente para contratar a «gorilas» especializados en la protección de personas. *C'est la guerre, monsieur!* —exclamó dramáticamente.

Era lógico que los gays se uniesen para defenderse, después de la oleada de palizas, asaltos y asesinatos que se habían desencadenado contra ellos. Indudablemente, yo también sentía simpatías hacia ellos, pues la sociedad marginaba inhumanamente a aquellos seres desvalidos, a los que los maquereaux explotaban y controlaban salvajemente, enriqueciéndose a costa de personas que, de cuando en cuando, enviaban al Père Lachaise².

Observé que el que llevaba la voz cantante dentro del grupo era un joven alto y delgado, de cabellos lacios y oscuros y expresión inteligente.

—Ese es Eugene Bierzy —susurró a mi lado Lucien—. Ya le hablé de él cuando usted me llamó por teléfono.

Volví a mirar a Bierzy, perplejo. Me parecía un contrasentido que aquel joven que había trabajado para el director de películas pornográficas Gaston Darrangeis, se adjudicase el papel de coordinador de una junta de gays para la organización de un grupo de autodefensa. Enseguida sospeché de él.

¿Por qué?

Mentalmente, yo relacionaba a Darrangeis con el clan de los corsos y éstos a su vez con la persecución de que estaban siendo objeto los homosexuales de París. Así que me propuse seguir a Bierzy cuando

abandonase el local y tratar de comprobar si efectivamente se comunicaba con el director de cine pornográfico.

Estaba distraído en estos pensamientos, cuando vi detenerse un gran Cadillac negro al otro lado del ventanal. Cuatro siluetas confusas ocupaban el interior del lujoso automóvil en cuyos techo y capot se amontonaba la blanca nieve. No pude reconocer a ninguno de aquellos individuos, debido al vaho depositado sobre los cristales del ventanal, pero en aquel momento noté que alguien me tocaba en el hombro.

—No se mueva, monsieur Jordan —oí la voz asustada de Lucien—. Por favor, sitúese un palmo a su derecha.

—¿Por qué? —susurré, intrigado.

—Porque ése es el coche de Carabone y quiero que me oculte con sus hombros mientras telefono a la policía —respondió Lucien con voz temblorosa.

Y es que todo el mundo sabía que cuando Jean Carabone, apodado La Béte³, hacía su aparición en público, algo gordo iba a ocurrir.

Capítulo XI

HICE lo que Lucien me pedía, sin perder de vista la mancha negra del gran automóvil detenido en pleno cruce del Passage Lebrun con la rue Norman.

Me sentía como sobre ascuas, imaginando que se iba a desatar la tremolina de un momento a otro, y me arrepentí de no haber metido en mi bolsillo la pequeña Browning de Marie Louise Blavier.

—Ya está —susurró Lucien, a mi espalda—. Será mejor que se retire al fondo, monsieur. Quizá la cosa no vaya con usted. De todas formas, no se confíe. Si llega la ocasión, coja una de esas sillas metálicas y defiéndase hasta que lleguen los «flics».

Estaba muy asustado y se mantenía agachado tras la vieja caja registradora Continental que había al final de la barra.

Por mi parte, no dejaba de vigilar al Cadillac a través de los cristales. Imaginaba que de un momento a otro, los matones del clan de los corsos bajarían del coche y penetrarían en el bistrot.

Pero no se produjo ningún movimiento dentro del automóvil, nadie bajó de él.

En la calle se produjo un petardeo horrrisno. Un momento después, vi aparecer una motocicleta de gran cilindrada a través del escaso hueco de un metro que dejaba libre el Cadillac de Carabone.

Los gays que cuchicheaban en la mesa del rincón se alertaron. Fue evidente el espasmo de temor que agitó al grupo: tres de ellos se pusieron en pie rápidamente y se dispusieron a abandonar el local, pero al llegar a la puerta se detuvieron súbitamente y retrocedieron.

Seguían acudiendo nuevos motoristas al cruce, todos los cuales conducían «motos» muy potentes y estruendosas.

Era inútil tratar de identificar a aquellos individuos ataviados con botas altas, pantalones y chaquetas de cuero y monoscacos con visor bajado qué impedía escrutar sus facciones.

El estruendo en la calle era insoportable, pues una docena de motocicletas habían confluído ya al cruce y todos los motoristas apretaban salvajemente el acelerador, invadiéndolo todo con el bramido ensordecedor de sus escapes.

¿Qué hacía entretanto Carabone la Béte? Nada. Las cuatro confusas siluetas permanecían inmóviles dentro del Cadillac. ¿Qué significación

tenía, entonces, su presencia allí?

Lo descubrí de repente: el Cadillac, con sus ocho metros de longitud, taponaba materialmente la calle e impedía el tráfico a través de las dos arterias que se cruzaban frente al bistrot La Gaie France.

No era difícil deducir que Jean Carabone no pensaba intervenir personalmente en el incidente que se anunciaba próximo. Era precisamente a los jóvenes de las motocicletas a los que había que temer.

Frenaban locamente y derrapaban sobre la nieve que ya comenzaba a cuajarse sobre el pavimento de adoquines, abandonaban las máquinas de cualquier forma en el suelo y se estaban reuniendo en la esquina frontera.

Comencé a retroceder hacia el fondo del bistrot y me parapeté tras un solitario velador. Como Lucien me había aconsejado, aferré una silla metálica, me senté y aguardé. Con los nervios en tensión, como es fácil imaginar.

La avalancha se produjo de improviso cuando, muy nervioso, me disponía a encender un cigarrillo para disimular mi tensión interior.

Las puertas batientes se abrieron brutalmente y los jóvenes motoristas penetraron en alud en el bistrot chillando cómo demonios.

No portaban porras de goma o las habituales nunchakas⁴, sino sólidos y pesados bates de béisbol.

Los gays formaban un apiñado grupo en el rincón que formaba el recodo de la barra, próximo a la entrada. Uno de ellos empuñaba una navajita inofensiva y otros habían agarrado apresuradamente botellas y vasos de la barra. Estaban aterrados, pero se diría que se disponían desesperadamente a plantar batalla.

Gritando como posesos, los jóvenes motoristas se arrojaron sobre ellos blandiendo los peligrosos bates.

—¡Muerte a los mariquitas! —gritaban a pleno pulmón. Y dejaron caer los palos sobre el abigarrado grupo de los gays.

En total, la salvaje agresión no duró más de cinco minutos. A lo largo de ella, mi estómago se encogió al escuchar estridentes gritos de dolor, blasfemias, crujidos de maderas rotas y de golpes sordos, ayes entrecortados y alaridos de espanto.

Yo permanecí inmóvil en mi rincón, impotente y rabioso. No podía moverme de allí, porque cuatro robustos mocetones se habían plantado en el centro del local y me vigilaban, bate en mano.

En algún momento, estuve a punto de arrojarme a ellos a la desesperada, pero mi sentido práctico me convenció de que nada conseguiría con aquella quijotesca acción en defensa de los gays.

Sí, probablemente, conseguiría derribar a silletazos a alguno de los temibles gamberros, pero ellos eran muchos y finalmente acabaría en el

suelo con el cráneo roto o conmocionado por un golpe de bate.

Además, la cosa no iba contra mí, pues en ningún momento se mostraron amenazadores conmigo. Se limitaban a vigilarme estrechamente a través de los impenetrables visores de plástico.

Un gay logró escabullirse del rincón y corrió desesperadamente hacia la puerta. Pero uno de los que estaban vigilándome arrojó su bate contra las piernas del fugitivo y le derribó. Luego se acercó y le golpeó a patadas hasta que el joven caído comenzó a arrojar bocanadas de sangre.

Una botella vacía se estrelló contra los anaqueles y se oyó un gran estrépito de cristales rotos. Sistemáticamente, los gamberros comenzaron a destrozar el local, mientras varios de ellos continuaban apaleando metódicamente a los infelices clientes. Luego, tan rápidamente como se había producido la invasión, los bárbaros de las «motos» abandonaron el local y saltaron sobre sus máquinas, huyendo a la desbandada. Cuando miré a través del ventanal, el Cadillac de Carabone había desaparecido igualmente.

Algunos de los clientes que aún podían mantenerse en pie se apresuraron a huir. Otros, malheridos, se quejaban en el suelo, pero también pude comprobar que algunos de ellos permanecían inmóviles sobre el piso cubierto de serrín húmedo y fragmentos de cristal. Grandes manchas de sangre empapaban el serrín.

Me levanté y me incliné sobre un joven de cabellos largos, despatarrado en el suelo, que gemía sordamente palpándose la cabeza manchada de sangre.

—Será mejor que se marche, monsieur —oí la voz de Lucien, cuya cabeza asomaba por encima de la losa de mármol de la barra—. Dentro de un momento estará aquí la policía y se hará cargo del asunto. Váyase —insistió. Y añadió con una débil sonrisa—: Es decir, si prefiere no complicarse inútilmente.

Vacilé, pero finalmente opté por seguir su consejo. Salí a la calle, caminé aprisa sobre la nieve y me metí apresuradamente en el Datsun. Rodaba ya despacio por la rué Norman, cuando escuché los aullidos hirientes de las sirenas.

Apenas eran las siete de la tarde y yo me sentía demasiado excitado para volver a casa. Media hora más tarde, me detenía en la Porte Des Lilas y penetraba en una concurrida cafetería. Escogí el lugar más apartado de la barra y pedí un coñac.

Todavía bajo la impresión del salvaje incidente ocurrido en La Gaie France, me pregunté por qué aquellos bárbaros de las «motos» me habían respetado. Era muy extraño: habían aporreado brutalmente a todo bicho viviente, menos a mí, un perfecto desconocido.

¿O quizá no tan desconocido?

—Me conocían, evidentemente —deduje—. Probablemente habían recibido instrucciones específicas de La Béte. Es... como una advertencia. Como si me dijeran: «Ya has visto lo que somos capaces de hacer. De modo que lárgate de aquí cuanto antes y no vuelvas». Sí, ellos deben saber a estas alturas que he estado haciendo preguntas por ahí. No quieren complicar las cosas, sólo hacerme saber que están al tanto de mis pasos.

Me bebí el coñac de un trago y alcé la mano para llamar la atención del camarero, que se había alejado hacia el otro extremo de la barra. Y lo que vi me dejó paralizado de estupor.

Al principio, parpadeé, incrédulo. Pero, no, mis sentidos no estaban gastándose una broma pesada: aquella pelirroja que acababa de entrar en la cafetería colgada del brazo de un elegante caballero era... Marie-Louise Blavier.

Inmediatamente sentí la punzada de los celos. Ella, mi encantadora mademoiselle Blavier, tomaba por el brazo a aquel individuo como si fuera algo suyo. Sus ojos violeta destellaban y todos sus sentidos estaban pendientes de lo que su acompañante le estaba diciendo.

Mi primer y fogoso impulso fue acercarme a ellos. Pero me aguanté, profundamente desconcertado y dominado por la excitación.

Seguí a la pareja con la mirada, esforzándome en pasar desapercibido tras el corpulento individuo que se encontraba a mi izquierda. Ellos se sentaron en una mesa y el acompañante de Marie-Louise habló brevemente con un camarero.

Me fijé con atención en aquel caballero que se sentaba junto a Marie-Louise. Era un hombre de mi estatura, aproximadamente, de unos cincuenta años. Sus cabellos eran muy negros, con unas hebras plateadas en las sienes que le daban un aspecto distinguido y respetable. Un tipo verdaderamente atractivo, que parecía un galán de cine, envuelto en un caro gabán de piel.

Bebí una segunda copa de coñac. Entretanto, un camarero se había acercado a aquella mesa con dos servicios de café.

Mirando a mademoiselle Blavier, un ardor insoportable se desató en mis entrañas. Indudablemente, ella dedicaba una rendida atención al caballero de las sienes plateadas, que escuchaba sonriente algo que Marie-Louise estaba susurrándole al oído.

Fueron unos minutos terribles. Me sentía interiormente destrozado, decepcionado y hundido. Al mismo tiempo, tenía que esforzarme en no separarme mucho del fornido y obeso individuo que me tapaba.

Llamé al barman que me atendía y puse discretamente un billete de cien francos en su mano.

—Dígame, por favor. ¿Quién es el caballero que acompaña a la dama de los cabellos rojos? —demandé.

—¿El caballero del abrigo de piel? Ah, se refiere sin duda a monsieur Darrangeis —el camarero se inclinó sobre mí y respondió en un susurro —: Es director cinematográfico. En confianza: se le conoce familiarmente por el Rey del porno.

¡Darrangeis! Así que era él...

Sonreí para mí, burlándome de mis celos. Evidentemente, Marie-Louise había decidido trabajar por su cuenta. Debía estar bien informada y había conseguido ganarse la confianza de Darrangeis, con el fin de llegar al fondo del asunto que a ambos nos interesaba: desenmascarar a los asesinos de su hermano y de Jacques Bastide.

Suspiré, aliviado. Mademoiselle Blavier era más lista de lo que yo suponía.

«Tanto mejor. Quizá consiga algo positivo», pensé, aunque seguía disgustándome que ella dedicase sus mejores sonrisas a aquel elegante individuo.

Se marcharon quince minutos después y ella seguía colgada apretadamente del brazo de Darrangeis. Pagué apresuradamente mis consumiciones y salí a la calle en el preciso momento en que un lujoso Aston Martin color fuego se separaba velozmente de la acera.

Enseguida, el coche se perdió en la riada de vehículos, por lo que rehusé seguirles. Además no quería ofender a Marie-Louise con una demostración de celos.

Decidí volver temprano a casa y preparar una cena para sorprender a Marie-Louise. Pero mientras conducía despacio hacia la Porte de Bagnolet pensé que ella, probablemente, no había tenido ocasión de recoger sus maletas en la pensión Scheffe.

Averiguar la dirección de su pensión fue fácil, pues sólo tuve que detenerme en un bar y consultar la guía telefónica. Marqué el número y me respondieron enseguida.

—Soy Ken Jordan, un amigo de mademoiselle Blavier —me expliqué —. Quería saber si ella ha recogido su equipaje esta tarde.

—Un momento, por favor —respondió una cuidada voz varonil.

Y al cabo de tres minutos:

—Lo lamento, señor Jordan, pero ha debido equivocarse. No tenemos registrada a ninguna señorita Blavier —me dijeron.

—¿Está seguro? Se trata de Marie-Louise Blavier, residente en Bratignolles —insistí, perplejo.

—Se lo repito con absoluta seguridad: ninguna persona con ese nombre se ha alojado ni se aloja en nuestra residencia —contestó enérgicamente mi interlocutor.

Colgué, un tanto preocupado. ¿Por qué me había mentido ella? ¿O se trataba de un error? Volví a consultar la guía, pero no hallé otra pensión Sheffe que aquélla. Tampoco existía ninguna otra de nombre parecido.

Volví a casa rumiando arduamente mis pensamientos. Cuando me acercaba a la puerta del garaje, vi a un individuo delgado, con un bigotito y una nariz larga y delicada, que vestía una gabardina beige y se cubría con un sombrero gris manchado de nieve. Aquel sujeto rondaba la entrada del edificio y me miró con insistencia cuando conduje el coche al garaje.

Subí a mi apartamento, me despojé de la trenka y miré a mi alrededor, ansioso por encontrar alguna nota explicativa escrita por Marie-Louise. No encontré nada. Me dirigí a la cocina y en ese momento zumbó el timbre.

No abrí inmediatamente. Por el contrario., miré a través de la mirilla panorámica y reconocí a aquel tipo que parecía montar guardia a la puerta de mi casa. Retrocedí silenciosamente y abrí un cajón del mueblebar del salón.

Me aguardaba una nueva decepción: la Browning de Marie-Louise no estaba en el lugar donde yo la había dejado. De todas formas, no podía reprochárselo: el arma era suya. Por lo demás, si se la había llevado había hecho lo propio, puesto que se había decidido a emprender una aventura peligrosa.

El timbre, entretanto, seguía sonando con insistencia. Corrí a la cocina y volví con un pequeño cuchillo, empuñado en el bolsillo.

Abrí con precaución. El hombre del bigotito negro puso ante mis ojos un portadocumentos.

—Soy el inspector Dassins, de la Sûreté —dijo—, ¿Puedo hablar con usted unos minutos, señor Jordan?

Vacilé. Así que la policía estaba tras de mis pasos... No era una buena noticia.

Dejé que el inspector Dassins entrara y cerré la puerta. No le invité a sentarse, pero él lo hizo sin demostrar el menor embarazo. Y me miró fijamente.

—Tengo entendido que no es usted la única persona que ocupa este apartamento —dijo, como si estuviera seguro de ello—. ¿Puede explicarme qué relación le une a la señorita de los cabellos rojos?

Me encrespé. ¡Faltaría más que yo tuviera que dar cuenta a la policía de mis asuntos íntimos...!

—Es cosa mía, inspector Dassins —barboté, encolerizado—. Por lo demás, mademoiselle Blavier es mayor de edad y absolutamente libre. Por lo cual...

—¿Mademoiselle Blavier? —repitió con una fría sonrisa en los delgados labios—. Me temo que esté equivocado, señor Jordan —buscó algo en el interior de su gabardina y me tendió una fotografía—. Esa es la señorita Marie-Louise Blavier.

Miré la foto y me atraganté. Lo que veían mis ojos era sobrecogedor:

el cadáver de una mujer de sucios cabellos oscuros, cuyo rostro aparecía terriblemente hinchado y deformado. Era una mujer joven, al parecer, aunque sus facciones eran vulgares, desagradables.

—El cadáver de la señorita Blavier apareció flotando en el Sena esta mañana, a la altura de Charenton. Quienes la mataron, aplomaron el cadáver con una viga de hormigón, atada a sus tobillos. Pero una draga que trabajaba en aquel sector del río, rompió la cuerda y el cadáver flotó...

Mis sienes zumbaron, el caos se desató en mi cabeza.

—¿Está... está seguro de que ésta es la verdadera Marie— Louise Blavier? —murmuré.

Dassins sonrió, irónico. Luego me mostró un certificado dactiloscópico que demostraba que el cadáver hallado en Charenton correspondía en efecto a Marie-Louise Blavier.

—Queremos que colabore con nosotros, señor Jordan —expresó Dassins—, Sí, sabemos que estuvo en el 39 de rue Llombar la tarde que asesinaron a Bastide. Si yo quisiera, podría detenerle ahora mismo. Pero no voy a hacerlo. Sólo pretendo que averigüe cuanto pueda respecto a Sabine Cavalcadour.

—¿Quién es esa persona?

—La pelirroja que se hace pasar por mademoiselle Blavier. En realidad, la Cavalcadour es una mediocre estrella del cine «porno», y está relacionada con Gaston Darrangeis.

«Su actuación conmigo no ha sido tan mediocre», pensé amargamente.

Así que todo había sido una sangrienta comedia... No era difícil deducir que aquella mujer jamás había pretendido matarme, sino ganarse mi confianza. Y su actuación sólo podía tener un objetivo: sonsacarme, averiguar si yo estaba en posesión de lo que buscaban con tanto ahínco Carabone y sus corsos.

—Siga como hasta ahora, señor Jordan. Disimule. Y averigüe cuanto pueda acerca de la Cavalcadour y Darrangeis. Usted es un hombre inteligente, habituado a salir airosamente de situaciones comprometidas —continuó el policía—. Dígame, ¿cuáles son exactamente sus intereses en este peligroso asunto?

Le hablé del encargo de Marcel Bastide y de mi visita al cuchitril de Jacques. Dassins se mostró muy interesado cuando le hablé de aquel aroma intenso a menta que había percibido cuando los tres escurridizos individuos se cruzaron conmigo en la oscura escalera.

—Carabone —susurró, excitado—. Ese tipo mastica continuamente chicles de menta. Pero no es suficiente. Tenemos que obtener más pruebas. Pruebas irrefutables ante un tribunal. ¿Nos ayudará, señor Jordan?

Asentí con un gesto. Dassins me entregó una tarjeta.

—Llame a este teléfono en cuanto averigüe algo interesante —dijo—. Utilícelo también si se siente en peligro. Yo recibiré cualquier recado inmediatamente.

Se despidió enseguida. Cerré la puerta lentamente y volví al salón. Me sentía muy mal. Saqué la botella del mueble y me serví una dosis exagerada de coñac, que bebí sin ningún comedimiento.

Una hora más tarde se oyó un chasquido en la cerradura de la puerta. Aquel mismo día había entregado a mí compañera un duplicado de la llave del apartamento, de modo que debía ser ella.

Traía dos grandes y caras maletas de piel de cerdo, que dejó en el pasillo.

—¡Ah, buenas noches, cariño! —exclamó, alegremente—. Siento haberme retrasado. Es el tráfico, que está imposible después de la nevada.

Me besó en los labios y apenas fui capaz de disimular un gesto esquivo. Tomé sus maletas apresuradamente y las llevé a su dormitorio. Ella vino tras de mí y se me quedó mirando fijamente, por lo que me vi forzado a mostrar una hipócrita sonrisa.

—Pero chéri —protestó—, ¿no te estás equivocando de alcoba?

—Tienes razón. Perdonadme siento un poco perturbado. Es por lo ocurrido en La Gaie France esta misma tarde —me escabullí como pude. Y le conté cuanto había visto.

Ella simuló impresionarse e hizo algunos comentarios al respecto. Luego se estremeció, se apretó contra mí, mimosa, y murmuró:

—¿No me ofreces una copa de coñac, *mon amour*? ¡Estoy tinto de frío!

Fuimos al salón y le serví lo que pedía. Mientras bebía, Sabine Cavalcadour se quedó mirando fijamente el cenicero de— cristal que había sobre la mesita.

El inspector Dassins fumaba delgados puritos Noirettes y había dejado la colilla de uno de ellos, que yo —¡estúpido de mí!— había olvidado vaciar en el cubo de la basura.

Me sentía tan nervioso, que me incorporé y dije sin mirar a la mujer:

—Voy a preparar una cena caliente. Tú quédate ahí, junto al radiador, viendo la televisión.

—¿Seguro que no quieres que te ayuda? —exclamó, solícita.

—¡No, no! Quiero darte una sorpresa —respondí—. La cena es cosa mía.

Fui a la cocina y saqué del frigorífico una merluza. Estaba tan nervioso y distraído, que estuve a punto de rebanarme un dedo con el cuchillo. De todas formas, me esmeré en aderezar el pescado, que finalmente metí en el horno.

Cuando volví, silencioso, al salón, Sabine Cavalcadour estaba hablando por teléfono. Su actitud furtiva, los susurros de su conversación y el respingo con que se volvió al oírme próximo, suponían toda una revelación.

Colgó bruscamente el teléfono y se puso en pie y sacó la Browning del bolsillo de su cazadora. Con redomada lentitud, movió el dedo pulgar para retirar el seguro.

—Eres incapaz de disimular, chéri —dijo—. En cuanto llegué, comprendí que se había producido en ti un cambio sustancial, imagino que ya sabes lo más importante: yo no soy Marie-Louise Blavier.

Le lancé un insulto de los que suelen hacer mella en una mujer, pero ella sonrió.

—Tranquilízate. Ya sé que esto es una pistola de pequeño calibre, pero si tratas de hacer lo que estás pensando, dispararé a matar. Siéntate, Ken —indicó, señalando el diván con un movimiento del arma. Cuando me hube desplomado, susurró—: Y ahora, dime cuanto sabes acerca de la bolsa roja que Jacques Bastide entregó a La Rose.

—¿Bolsa roja? No tengo la menor idea de lo que dices —respondí, aunque sospechaba que debía referirse a lo que Jacques había guardado en la consigna de la Gare de Lyon.

—Quieres engañarme, *mon chéri* Ken, pero no lo conseguirás. No tardarás en hablar de corrido —pronunció enigmáticamente. Y tomó frescamente un cigarrillo de mi paquete y lo encendió con mi propio mechero, todo ello sin perderme de vista un minuto.

Poco después oímos el chasquido de la puerta al abrirse. La pelirroja no había perdido el tiempo, ciertamente: a partir de la llave que yo le había entregado a mediodía, sus cómplices habían conseguido una o más copias.

Contuve el aliento cuando aparecieron aquellos tres hombretones en el pasillo. Se sacudieron a manotazos la nieve caída sobre sus sombreros y sus gabardinas y me miraron con avidez. Uno de ellos avanzó tres pasos, mientras los otros dos permanecían a la expectativa junto al vestíbulo.

—*Bon soir, monsieur* Jordan —pronunció con voz áspera el individuo que masticaba furiosamente goma de mascar con penetrante aroma a menta.

No perdieron el tiempo en tontas preguntas. Carabone se volvió a los otros dos y dijo:

—Ablandad al británico. Pero no aquí: llevadle al dormitorio mientras yo hablo con Sabine.

Como ninguno de ellos empuñaba arma alguna, decidí tomar la iniciativa. De improviso, salté sobre Carabone y le derribé de un tremendo cabezazo en pleno rostro. Nunca debí hacerlo: diez minutos

después me arrepentía de mi osadía. No sé qué instrumentos emplearon para «ablandarme», pero cuando decidieron tomarse un respiro, yo estaba en el suelo arrojando surtidores de sangre por la boca y la nariz. Pero eso no era todo: mi cuerpo era un puro grito de dolor. Me habían «trabajado» sabiamente los riñones, el estómago y los dedos de los pies, que ahora debían estar hinchados como berenjenas.

No podía moverme, ni siquiera lo intenté. Cuando Carabone la Béte se agachó y arrojó sobre mí una vaharada de mentol, comencé a hablar de corrido. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sabía que si me empeñaba en callar, aquellos energúmenos acabarían destrozándome a golpes.

Relaté dificultosamente —mis labios estaban rotos y tumefactos— cuanto había escuchado de boca de Marc-Antoine la Rose en el Bois de Boulogne.

—¿Y la llave? —insistió Carabone, pues era consciente que sin la llave de poco iba a valerle saber que lo que buscaban se encontraba en la consigna de la Gare de Lyon, puesto que allí había miles de taquillas metálicas.

—La guardó en su bolso —respondí.

Volvieron a golpearme a patadas, pero yo no podía decir otra cosa.

Me ataron con las manos a la espalda e igualmente ligaron mis pies con resistentes cuerdas de nylon.

Luego oí sus pasos, alejándose, y finalmente el chasquido de la puerta. Todo quedó en silencio. Al parecer, me habían dejado solo.

Yo apenas podía creer en mi suerte. Desde el momento en que vi aparecer a La Béte y sus sicarios, imaginé que lo menos malo que podía ocurrirme sería la muerte. ¡Y me habían dejado con vida...!

Pero al cabo de diez minutos, un leve aroma llegó hasta mi nariz: gas. Agucé el oído y escuché el lejano silbido que procedía de la cocina.

Una mueca amarga debió fruncir mis labios. Al fin y al cabo, los asesinos se comportan siempre como asesinos: habían abierto el gas y esperaban que yo estaría muerto antes de media hora, cuando el venenoso fluido se fuera expandiendo por las habitaciones y alcanzase la altura de la cama en la que yo yacía envuelto en sábanas y mantas.

Gruñí entre dientes, volteé y caí al suelo, liado entre las sábanas. En el suelo, el olor del gas era más intenso y el peligro más próximo.

Tras algunos forcejeos, conseguí librarme de la ropa de cama y comencé a reptar hacia el salón.

En aquel momento, comenzó a sonar el teléfono. Repté como una lombriz, apoyando mis pies en la pared y avancé de costado hacia el salón. Una vez cerca de la mesita en la que descansaba el teléfono, cogí aliento y la derribé de una patada. El teléfono rebotó sobre el pavimento violentamente y el auricular cayó a veinte centímetros de mi rostro. Me acerqué y oí la voz del inspector Dassins:

—¿Jordan? Soy Claude Dassins. Le llamo para advertirle que los agentes de un coche radio-patrulla han visto a Carabone en las proximidades de la Porte de Bagnolet. Tenga cuidado y no dude en avisarme si le hicieran una visita. Yo...

—No es necesario que le avise —gruñí—. Ya estuvieron aquí y cumplieron con su sucio trabajo. ¿Puede venir ahora mismo?

Primero llegaron cuatro agentes de un auto-patrulla, los cuales echaron abajo en pocos minutos la puerta de mi apartamento. No me preocupó demasiado: jamás me sentí más satisfecho al ver cómo unos hombres penetraban violentamente en mi casa.

Dos de ellos me desataron rápidamente y los otros dos penetraron en la cocina, de donde regresaron en cuanto cortaron el gas. Después abrieron las ventanas de par en par, aunque el aire era gélido.

Se marcharon cuando llegó Dassins, el cual me contempló brevemente y dijo:

—Ya veo que hicieron una buena faena. Tiene usted muy mal aspecto. Vamos, venga conmigo: le llevaré al puesto de socorro más próximo.

EPILOGO

—VUELVA a Londres —me había aconsejado el inspector Dassins, poco después de devolverme a mi apartamento. Y yo estaba dispuesto a seguir su consejo, porque además de dolorido me sentía asqueado y decepcionado.

Me acosté y descansé unas horas. A las seis de la mañana, salté del lecho, me lavé cuidadosamente para no arrancar los numerosos tafetanes que habían pegado en mi rostro y me vestí despacio. Mi rostro no estaba tan hinchado como la noche anterior, pero aún resultaría dificultoso reconocerme.

Cogí mi maleta, dejé una nota para la agencia inmobiliaria y bajé despacio hasta el garaje. Luego metí la maleta en el maletero y me dejé caer tras el volante. Encendí un cigarrillo mientras el motor se calentaba. Tosí violentamente y el pitillo salió despedido y cayó al suelo del vehículo.

Maldiciéndome a mí mismo por mi torpeza, bajé una mano para recogerlo y mis dedos tocaron algo metálico y frío. Lo palpé y lo cogí, desconcertado. Era una llave, un pequeño y aplastado llavín como... ¡como el que me había mostrado Marc-Antoine la Rose!

¿Cómo era posible? Sencillamente, a Marc-Antoine se le había caído de las manos o quizá su bolso de piel tenía en el fondo un agujero lo suficientemente grande como para que la llave se escapase.

El corazón me latía rápido en el pecho, apenas podía creer que el azar pudiera gastar semejante broma a un tipo como yo. Pero la llave estaba en mi mano. Y había un número marcado en una de sus caras: el 1.275.

El cigarrillo humeaba sobre la moqueta, pero lo aplasté de un pisotón porque ya no me interesaba.

A las siete de la mañana estaba en la Gare de Lyon. Y en cuanto abrieron la consigna, penetré en aquel departamento y busqué la taquilla 1.275. Minutos después volvía a mi coche con aquella vulgar bolsa roja de plástico. La registré ávidamente: había dos excelentes cámaras fotográficas y media docena de carretes sin revelar.

En la redacción de la agencia United Press me permitieron utilizar el laboratorio fotográfico. Poco antes de las nueve tenía en mi poder una serie compuesta por doscientas dieciséis fotografías en color.

Las examiné con gran avidez. A medida que las observaba mi asombro crecía y crecía.

—¡Imposible! Parece imposible. Pero... ahí están las fotos que hizo Jacques.

Eran fotografías repugnantes, sucias escenas entre homosexuales, bestiales actos eróticos que generaban vergüenza y asco a quien pudiera contemplarlas. Yo mismo pude reconocer algunos rostros famosos de la política, del cine, de las finanzas... Había un jeque de algún emirato del golfo Pérsico, un conocido diputado, un famoso actor de cine, un alto cargo del gobierno... También reconocí a algunos de los gays que había visto en los espectáculos de travestis y en mi peregrinar por los establecimientos de recreo que acogían a los homosexuales. Uno de los que aparecía frecuentemente era Gaston Darrengeis.

Como había sacado dos copias, guardé una serie en mi bolsillo y la otra en la bolsa roja. Tras lo cual telefoneé a Claude Dassins.

Nos reunimos dentro de mi coche, en una pequeña plaza solitaria. Mostré aquellas fotos al policía y Dassins resopló, hizo aspavientos y exclamó:

—Pero esto... ¡esto es dinamita pura! Si estas fotografías se publicasen, iban a rodar las cabezas de importantísimos personajes.

—Significan mucho más, inspector. Esta es la causa de los asesinatos de los Blavier y de Bastide. Detenga a Carabone y enséñele estas fotografías. Se echará a temblar. No necesitará más que presionarle un poco para hacerle cantar.

—No —denegó Dassins, pensativo—. A ese fin, tengo un plan más eficaz, pero también más peligroso para usted, Jordan.

* * *

Carabone y cuatro de sus corsos espionaron desde la alta plataforma de la consigna.

—¡No era ningún bulo, la noticia que nos trajo Jumin! —susurró, excitado—. ¡Ahí está nuestro hombre! —empujó a Sabine por un brazo y gruñó—: Bajemos.

Ken Jordan introdujo la llave en la taquilla número 1.275 tras echar una ojeada a la amplia sala, que estaba desierta. Ya sacaba la bolsa roja, cuando sintió que se la arrancaban violentamente y le impulsaban contra las duras planchas de acero. Sabía muy bien lo que tenía que hacer en aquel momento: arrojar al suelo. Y eso es lo que hizo.

Resonó un grito, conminando a los corsos a elevar los brazos. Desde el suelo, Jordan miró de reojo y vio irrumpir a los agentes de la Sûreté a oleadas.

Y luego sonó, atronadora, la ráfaga de ametralladora. Los policías

seguían gritando a los corsos que soltasen las armas, pero los criminales no debieron obedecer, porque los agentes se arrojaron al suelo y comenzaron a disparar sus metralletas. Los disparos se mezclaron con las blasfemias gritadas en dialecto corso y los gritos de dolor.

Al fin los disparos cesaron. Se oyeron unos pasos recios y alguien exclamó:

—¡Eh, Jordan! Pueden levantarse. Ya pasó todo. —Dassins estaba a su lado.

Se puso en pie lentamente y miró a su alrededor. Los corsos habían decidido morir con las pistolas en las manos. Bien. Verdaderamente no merecían vivir. Pero un poco más allá había una cabellera roja, brillante... Más roja que nunca, puesto que la propia sangre de Sabine Cavalcadour empapaba ahora sus cabellos.

Dassins tomó a Jordan de un brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—Vamos, vamos, levanta el ánimo. Al fin y al cabo todo salió como usted quería —le palmeó la espalda el policía.

* * *

Había tratado de emborracharme concienzudamente, pero no lo conseguí. Además, aquella noche el whisky tenía un sabor amargo.

Hacia las diez de la noche me dirigí al Grazy Cat, el acogedor pub de mi amigo Henry Tyler. Henry no estaba allí y las personas que se distribuían a lo largo del local ocupando sillas, taburetes y puffs me eran desconocidas por completo.

Pedí un whisky doble a Paul Duke, uno de los barmen y me alejé con mi vaso hacia el rincón donde ardían los leños.

Mientras fumaba un cigarrillo, decidí que al día siguiente volvería a llamar al inspector Dassins para acordar la fecha definitiva en que podría utilizar las fotos del escándalo. En principio, la Sûreté se había incautado de aquel material e incluso se me prohibió tajantemente divulgar noticias relacionadas con el caso, pero yo me reí de aquellas advertencias.

—Tengo un duplicado de esa colección a buen recaudo y pienso publicar un amplio reportaje en cuanto llegue a Londres. ¿Green que podrán impedírmelo? —planteé.

Enviaron a Dassins para que parlamentara conmigo. El policía invocó que era arriesgado publicar aquellas fotos antes de que la Sûreté y los agentes judiciales hubieran terminado sus actuaciones, encaminadas a asegurar la identificación y el procesamiento de cada uno de los responsables en los asesinatos de René y Marie-Louise Blavier y Jacques Bastide.

Al fin, Dassins y yo llegamos a una fórmula de compromiso: yo

aguardaría unas semanas hasta que él me avisara.

Antes de abandonar Francia, visité una empresa de pompas fúnebres que se encargaría de alojar el cadáver de Jacques en un enterramiento digno. Deposité veinte mil francos y emprendí el viaje a Londres con la conciencia tranquila, puesto que había cumplido —en lo posible— con la última voluntad de Marcel Bastide.

En cuanto a elaborar dos copias del juego de «fotos» obtenidas clandestinamente por Jacques, se debía a mi innata desconfianza: temía que la policía, presionada por poderosas influencias provenientes de determinadas esferas de poder, acabase enterrando aquel asunto. Y yo no estaba dispuesto a consentirlo de ningún modo. A pesar de lo cual, confiaba en la integridad de Claude Dassins.

Ya me había puesto en contacto con una agencia de prensa, que se quedaría con la exclusiva mundial del reportaje-escándalo, a cambio de una pequeña fortuna para mí: cincuenta mil libras esterlinas.

Es decir: iba a ser rico y famoso. Entonces, ¿por qué no me sentía feliz? El whisky seguía sabiéndome igualmente amargo y el cigarrillo era insípido. A pesar de lo cual, seguí bebiendo y fumando tozudamente.

Hasta que oí aquellos alegres grititos a mi espalda. Me volví y recibí en mis brazos a una impetuosa Mandy Moore, que me besó apretadamente con sus frescos labios y me envolvió en una vaharada de fragancia femenina.

—¡Al fin, al fin te encuentro! —gritaba, sin cesar de besarme, de estrujarme materialmente—, Pero ¿se puede saber de dónde sales, maldito reportero de élite? ¿Es que tratabas de escapar de mí? ¡Ah, no, no, te equivocas; no voy a permitir que te escabullas!

Seguían los reproches, la falsa regañina, los achuchones y los besos enfebrecidos. Aquella jovencita era como un alud incontenible, como un borbotón de energía, como un vendaval de entusiasmo y alegría.

Dejó de achucharme un momento, me arrebató el vaso de entre los dedos y bebió. Luego me lo devolvió y me quitó el cigarrillo. Encantado de aquel acoso, bebí un poco y... ¡milagroso! El whisky tenía un sabor espléndido, aromático y suave.

Di un tirón a su brazo, le quité el cigarrillo de los labios y la besé con ansiedad.

—¿Quieres venir conmigo al hotel? —susurré a su oído—. Te lo contaré todo.

Exhaló unos grititos gozosos y asintió, brillantes y húmedos los bonitos ojos.

Dejé el vaso, la tomé por la cintura y firmemente enlazados nos alejamos canturreando hacia la calle...

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...



PUNTO

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

¹ Rufianes.

² Importante cementerio de París.

³ La bestia, en francés.

⁴ Arma empleada en algún tipo de lucha oriental, consistente en dos sólidos y resistentes cilindros de madera unidos entre sí por una cadena de acero.